

FBI

R

**¡SUBE
AL RING
Y
MUERE!**

**DONALD
CURTIS**





© Donald Curtis
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 4.529 - 1972

Printed in Spain

Suc. de Rivadeneyra, S. A. - MADRID

DONALD CURTIS

¡Sube al ring... y muere!

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

¡Sube al *ring*... y muere!

DONALD CURTIS

PÓRTICO

L

A jungla de lona y resina. Las doce cuerdas. El *ring*. El mundillo denso, dramático, áspero, y tremendo del boxeo.

Un ambiente idóneo como elemento dramático de primer orden. El cine lo ha demostrado infinidad de veces. No siempre acertó en tratar el tema del pugilismo en las pantallas. Pero dejó auténticas obras maestras del género, títulos imborrables en la Historia del Cine: “Ciudad de Conquista”, de Litvak; “Sueño Dorado”, que lanzó a William Holden al estrellato; “Más dura será la caída”, de Robson, un crudo alegato de la corrupción y el fraude en el boxeo; “El Gran Sullivan”, sobre los tiempos heroicos del boxeo y su primer gran campeón... Y tantos otros títulos, que demuestran el caudal casi inagotable de temas que puede dar el boxeo al cine. Y lo mismo que el cine, la literatura. Sobre todo, la literatura americana, los hombres que escriben temas de hoy, como empezaron a hacerlo, años antes, Dos Passos, Hemingway, Steinbeck —aquel Steinbeck impresionante y humanísimo, tan lejano del de sus últimos años, glorificando la guerra del Vietnam, por ejemplo—. Y Sinclair Lewis, un Nobel; y toda la moderna literatura americana, buceando en el trasfondo maloliente del mundo alucinante del boxeo, con su mentira, su corrupción, su fraude, su “tongo”, desde los tiempos de Capone hasta hoy...

El boxeo es un mundo extraño y terrible, sí. El deporte noble, limpio y grande que enfrenta a dos hombres con guantes de crin, sobre un cuadrilátero rodeado por doce cuerdas y cuatro esquinas que las soportan, pierde su grandeza y su honestidad por culpa de los manejos de esa trastienda fétida que todo lo destruye. Ocurre en América, como ocurre en Europa, aunque en mayor escala en el febril ambiente USA, donde millones de dólares, títulos mundiales, apuestas, intereses deportivos, económicos e incluso delictivos están en juego en torno a dos hombres que suben al *ring* y se pegan de *gong* a *gong*.

Pobre boxeo...

Un deporte donde, alguna vez, habrá que decirle al boxeador: “¡Sube al *ring* y muere!” Eso, si antes las autoridades no impiden la

mentira, el crimen, el engaño, la sangre que se vierte en torno a los ídolos del cuadrilátero, a veces inocentes, ignorantes e involuntarios muñecos, manejados por los hilos de la siniestra trama interior de un deporte que, casi terminará por dejar de serlo.

El FBI ha intentado ya muchas veces impedir que eso suceda. ¿Lo conseguirá o no?

Esa es la incógnita.

De momento, se intenta al menos.

Esta historia es solamente una ficción. Pero no extrañe a nadie su aparente fantasía. Ocurrieron cosas peores en el boxeo, a lo largo de su agitada historia.

De cualquier modo, también es un intento más de combatir lo que hace de ese deporte un mundo oscuro, tortuoso, feroz, y a veces siniestro, bajo la brillante luz de los focos cuando los cuerpos sudorosos, de músculos apretados, brillan en el *ring*, untados de linimento y embrocación, entre gritos de aliento y de protesta de un público que solo ve lo que hay en el cuadrilátero, sin intentar ir nunca más allá.

CAPÍTULO I

L

LEVANTÓ la cortina de la ventana. Miró al exterior.

Estaban allí. Allí erguidos. Paseando arriba y abajo de la acera. Con sus abrigos oscuros, sus sombreros negros, su aire entre indiferente y apático. Como si esperasen a alguien para irse de diversión nocturna por la ciudad.

Sí. Esperaban a alguien, eso era cierto. Iban a divertirse. Pero a su modo, no como la gente podía entender la diversión.

Ellos eran diferentes. Muy diferentes. En todo.

Bajó la cortina de nuevo, con una imprecación furiosa. Estaba acorralado. Estaba acorralado, y lo sabía. Era un callejón sin salida. Era el final de una senda. Una senda que pudo ser triunfal, que había comenzado a serlo, además. Pero que posiblemente allí había llegado a un muro ciego, donde todo terminaba. Todo. Incluso la vida.

Joe Stark, el joven Joseph Stark, el ambicioso Joseph Stark que llegó a Nueva York en busca de fortuna, de triunfos, de conquista, como tantos otros, había alcanzado su meta, ciertamente. Joe Stark, más conocido en la calle, en los periódicos, en el ambiente de su profesión, por el apodo de Joe “Tigre” Stark, se preguntaba ahora si todo eso había valido la pena. Si debió actuar como actuó. Si uno debía de ser honrado y fiel a sí mismo en la época en que le había tocado vivir, en un mundo demasiado podrido y demasiado sucio para que los hombres honestos y con ideales llegaran a alguna parte.

No sabía qué pensar. Nervioso, paseó por la habitación. Arriba, abajo, a un lado, a otro. Como un tigre enjaulado. Como una fiera casi. Una fiera acosada, herida, que presiente y olfatea el indefinible olor de la muerte.

—Si al menos pudiera hacer algo... —jadeó entre dientes—. Avisar a la policía, a las gentes, a todo el mundo...

Sabía lo inútil de sus esfuerzos. La policía... Gran parte de ella estaba lo suficientemente sobornada para interceptar un aviso y no hacerlo público. Había agentes, oficiales y jefes que cobraban de ellos. Eso formaba eslabones en la gran cadena de la corrupción

total. Desde abajo hasta arriba. Incluso en Washington había importantes políticos, senadores, gente de prestigio, fuera de toda sospecha, que trabajaba para ellos.

Estaban metidos en todo. Como la carcoma. Iban pudriendo el país, minando sus cimientos, socavando sus pilares. Posiblemente la conciencia nacional terminase por vencer. Posiblemente. Eso se venía diciendo desde los tiempos de Capone. E incluso antes, cuando la Hermandad comenzó su labor de zapa en el país. Y así estaban las cosas. A ese extremo habían llegado. A pesar de Dewey, de Kefauver, de Eliot Ness, del FBI, de los honrados policías que luchaban incluso contra sus propios superiores sobornados o coaccionados...

No. No podía hacer nada. No podía avisar a nadie. Era un cepo. Una trampa. Un pozo negro y oscuro. El pozo de la muerte.

Cierto que él había desobedecido instrucciones, ordenes tajantes. Tenía que hacerlo. Allá, en el cuadrilátero, bajo la luz vertical, en la resina, entre el olor a embrocación y a linimento, con los guantes de cuero y crin en sus manos, ¿qué otra cosa podía hacer sino lo que hizo?

No era prudente, claro. Ni siquiera inteligente. Pero era el título. El soñado título por el que tanto luchó. No iba a dejar pasar esa oportunidad. Ni por turbios manejos, ciertamente. No por intereses ajenos.

Y no la dejó. Ganó, pese a todo. Pese a ellos. Pese a las instrucciones recibidas.

Eso había sido hermoso. El título, el olor a triunfo...

Ahora esto. El cerco. El olor de la muerte...

Volvió a alzar la cortina. Esta vez, ellos miraban hacia arriba. Le pareció verlos sonreír, pero no estuvo seguro. Hablaron entre sí. Joe bajó la cortina. Respiró hondo. Un espejo, en el muro, le devolvió la imagen de sí mismo.

Estaba pálido. Muy pálido. Los ojos le brillaban extraña, febrilmente. Se frotó el mentón, y su mano temblaba.

—Dios mío, ¿qué hacer? —jadeó—. ¿Qué puedo hacer?

Clavó sus ojos en el teléfono. El teléfono...

Era un medio, un camino. Los demás estaban cortados. Si intentaba salir del edificio le interceptarían el paso. Sería el fin. Ellos sabían que el miedo, la angustia, la tensión, terminarían por hacerle cometer una locura.

Meditó. Tenía que utilizar el teléfono. Pero no llamando a la policía. Ese era un riesgo demasiado grande. Al menos, no a la policía metropolitana. Había muchos sobornados en ella. Demasiados, para su seguridad.

Llamaría a Beverly, sí, a Beverly. Ella entendería. Le diría que

avisara al FBI y le diera su dirección. Eso sería suficiente. Esperaba que fuese suficiente. Beverly era una chica inteligente. Beverly sería su compañera para siempre, su esposa, sí... si salía de aquella. Lo cual no era nada seguro, ciertamente.

Joe avanzó. Contemplaba el teléfono como fascinado, lo levantó. Escuchó. La línea funcionaba. Había llegado a temer incluso que le interceptaran la comunicación con el exterior. Pero no fue así. El teléfono estaba en condiciones de ser utilizado.

Comenzó a marcar. Beverly estaría a estas horas en su trabajo, en el club nocturno donde trabajaba como guardarropa. Ella nunca faltaba a su trabajo. Decía que solamente dejaría aquello cuando se casaran, no antes. Por muy campeón que él fuese ella continuaba allí, en su tarea cotidiana, hasta la víspera misma de la boda.

Sonrió. Beverly era maravillosa. No esa clase de chicas que rodean a los púgiles con porvenir y fama, buscando a la figura popular o admirada, sino una chica sincera y honrada en sus ideas. Una chica enamorada de él. Había prometido ser su esposa, aunque su adversario le dejase hecho unos zorros, Eso no ocurrió, ciertamente. No podía ocurrir. Por eso ellos apostaban a la contra. Y él debía dejarse manipular a su antojo. Era lo de siempre. Un método tan viejo como el propio boxeo. Y que siempre había dado buenos resultados.

—¿Dígame? —sonó la voz de la telefonista en la centralilla del club nocturno de Manhattan, donde Beverly trabajaba—. Aquí el Club 900.

—La señorita Taylor, por favor. Beverly Taylor, del guardarropa. Es urgente.

—Un momento —la voz impersonal dejó de hablar. Hubo una pausa. La nueva voz femenina que surgió era mucho más dulce, profunda y sensible que la de la telefonista de turno—. ¿Quién llama, por favor? Soy Beverly Taylor...

—Beverly, te hablo yo...

—¡Joe! —hubo sorpresa en su voz—. Un deportista no debe estar despierto a estas horas, recuerda... ¿Qué se te ha ocurrido, para llamarme aquí ahora?

—Beverly es urgente. Ponte en contacto con el FBI

—¿Con... quién? —murmuró ella asombrada.

—La policía federal. Urgentemente. Diles que yo...

¡Clic!

Fue como si colgaran el auricular, al otro extremo del hilo. Pero no era eso. El chasquido fue más seco, más brusco. Joe se puso rígido. Llamó bruscamente:

—¡Beverly, Beverly! Beverly, ¿me escuchas? —y ante el silencio insistió—. Señorita, señorita, por favor. Nos han cortado la

comunicación.

¡Señorita...!

Nada. Ni una voz. Ni un sonido. Golpeó repetidas veces la horquilla, esperando el zumbido de la línea nuevamente lista para marcar. Nada. Tampoco hubo zumbido, ni llamada alguna. Silencio total, profundo, absoluto.

Sintió un escalofrío remontándose por su espina dorsal, llegándole, sutil, hasta su propia nuca, y erizándole el cabello.

Cortado... El teléfono estaba cortado, desconectado totalmente. No había medio de llamar otra vez. Imposible hacerlo. Estaba aislado.

Corrió a la ventana. Asomó nuevamente. Allí estaban los tres hombres. Aguardando. Siempre aguardando. Sin prisas. Ellos nunca tenían prisa.

Decidido, tomó una determinación. No podía continuar allí. Había que jugarse el todo por el todo. Cerró los puños. Los contempló, macizos y duros, fuertes como martillos.

Eran su única arma. Un arma poderosa. Los puños de un pugilista duro y correoso, joven y vigoroso. Los puños de un campeón. Habían podido derribar al campeón. Igual derribarían a cualquiera de ellos. Claro que ellos usaban otra clase de armas...

Se encaminó a la puerta de su apartamento.

Tomó la americana por el camino, y salió al corredor, dispuesto a todo. No vio a nadie. Todo parecía tranquilo. Demasiado tranquilo para ser cierto.

Se movió hacia la escalera, despreciando el ascensor. Era evidente que habría un hombre en el vestíbulo, posiblemente con una pistola contra la sien del operador de la centralilla telefónica. Allí habría captado la llamada, cortando brutalmente la línea.

En cuanto vieran llamar un ascensor desde la octava planta, sabrían ya que era él. No iba a darles ese gusto. Tampoco iba a bajar a entregarse dócilmente en sus manos.

Tomó la escalera, pero en sentido ascendente. Subió pisos y pisos, no los bajó. Así llegó a la última planta, la decimosexta. Alcanzó la puerta que conducía a la azotea del edificio. Estaba cerrada, pero le costó poco abrirla. Sus dedos arrancaron rudamente el pomo y la frágil cerradura. Cedió la puerta y salió al frío, inclemente aire de la noche, bajo un cielo nublado y torvo, donde se reflejaban las luces de Manhattan, con una luminiscencia rosada.

El aire agitó sus ropas y cabellos. Enfrente, la ciudad era un conglomerado alucinante de luces, rótulos luminosos, cemento y vidrio, negros en la oscuridad, destacando sobre el fondo nublado y levemente luminoso.

Corrió a la azotea inmediata. Salvó un pretil no muy alto, con sus largas piernas, sin dificultad alguna.

Y, de repente, los vio a ellos.

Eran dos. Surgieron de detrás de un saliente, una salida de humos sobre el edificio vecino. Le encañonaron con dos pistolas automáticas, negras y pavonadas.

—Es inútil Stark —dijo uno de ellos—. Nadie escapa del Sindicato, amigo...

Jadeante, se detuvo. Encogióse, como cuando se ponían en guardia contra un adversario sobre la lona del *ring*. Pero ahora no se encaraba a otros puños, en noble y justa contienda. Ellos no llevaban guantes de cuero forrados de crin, sino pistolas automáticas, capaces de perforarle el cuerpo a mayor distancia de la actual.

—¿Qué queréis de mí? —rugió Stark, colérico—. ¿Qué pretendéis hacerme, malditos hijos de perra?

—Stark, no queremos hacerte nada. Solo que vengas con nosotros. Hay gente que quiere verte, hablar amistosamente contigo...

—¡Amistosamente! —los miró encogido, mientras ellos se movían hacia él—. No vais a venirme con cuentos ahora. Sé lo que pretendéis. Eliminar me. Dar un ejemplo, para que otros no desobedezcan, como yo hice... La vendetta de siempre. La justicia de la Mafia, ¿no es cierto?

—Hablas demasiado, Stark —suspiró uno de los dos pistoleros—. Vamos, no sigas creando dificultades y sé buen chico. Es por tu propio bien.

—¡No vais a cogerme! —aulló Stark desesperado—. Además, si me matáis, el FBI sabe ya lo que sucede y caerá sobre vosotros.

—El FBI no sabe nada, amigo —dijo apático uno de ellos—. No te hubieran dejado hablar con los federales tan fácilmente... Los teléfonos de este edificio están controlados por amigos nuestros... Vamos, Stark, no fanfarronees y ven con nosotros. Nada va a sucederte.

—Salvo perder la vida, ¿no es cierto?

—La perderás aquí mismo, si sigues poniéndote terco —avisó el gánster—. Vamos ya.

Stark, dio un salto. Corrió vertiginosamente hacia otra azotea vecina, eludiendo a los dos pistoleros con una imprecación. Sus músculos de deportista, ágiles y seguros le permitieron desarrollar una gran velocidad. Salvó otro parapeto y corrió por la vecina terraza.

Con rara pasividad, los dos pistoleros le vieron obrar. Se miraron entre sí. Uno de ellos suspiró, meneando la cabeza con aire de

reproche.

—Ese Stark siempre complicando tontamente las cosas —comentó.

Allá, en la terraza inmediata, cuando Stark se creía lejos de la amenaza de los dos pistoleros, surgieron de detrás de un ático hasta tres hombres. El boxeador se vio acosado, rodeado. Cargó contra uno de ellos y le derribó de un seco crochet de izquierda. El segundo recibió un mazazo al hígado que le dobló con una queja. Pero tres enemigos, eran demasiados, incluso para un campeón.

El tercero le conectó un culatazo contundente en la nuca. Stark se tambaleó, todavía resistiendo, medio inconsciente. Un segundo golpe le derrumbó como un fardo, dando tumbos por el frío suelo de la azotea.

Los dos pistoleros se encaminaron hacia sus compañeros, para reunirse con ellos.

—Es duro el tipo —comentó uno de ellos, con gesto de indiferencia—. Lástima que la orden sea de ejecución, y no pueda sernos útil con esos puños...

* * *

“CONTRA LO QUE SOSPECHÁBAMOS, “TIGRE” STARK VENCIO EN SU COMBATE DEL MADISON. SIN EMBARGO, ESTOY SEGURO DE QUE LA MAFIA APOSTABA EN CONTRA DE EL. YO ME PREGUNTO: ¿CORRERÁ ALGÚN PELIGRO LA VIDA DE “TIGRE” STARK, EL FLAMANTE CAMPEÓN?”

Gus Sadler, *manager* de profesión, preparador de Joe “Tigre” Stark, tiró el periódico a un lado, con enfado. Miró colérico a la rubia que se ajustaba una media sobre el muslo, a su lado, con gesto estúpido y risueño a la vez.

—Lárgate ya, Suzzy —dijo con enfado—. Quiero dormir.

—¿Dormir? —ella le miró, abriendo mucho sus ojos azules, de cándida muñeca rubia—. Yo también quiero dormir. Para eso no tengo que largarme encanto. Tú me telefoneaste y...

—¡Dije que te largaras! —gruñó él—. Cambié de opinión, preciosa. Ven otro día. Hoy estoy muy cansado.

—Pero Gus, cariñito... —ella bajó su falda que, después de todo, no caía mucho más abajo del final de su media de nylon, por aquello de las modas de línea “mini”, y luego hizo un mohín con sus labios gordezuelos, muy pintados—. Creí que te sentías tan solo sin mí... Es lo que me dijiste por teléfono...

—Eso era entonces. He cambiado de idea... —le dio un seco

cachete en una nalga—. ¡Vamos, lárgate, bombón, y déjame en paz!

—Está bien, ogro —se enfureció ella, tomando airada su capa de pieles de una silla, y haciendo bambolear sus firmes curvas al moverse hacia la salida sobre los altos tacones—. Ya te dejo tranquilo, ¡pero no vuelvas a llamarme nunca!

Y cerró airadamente, con un seco golpe en la puerta. Gus Sadler, una vez a solas, resopló, corriendo a por el diario nuevamente. Suzzy había tenido la mala ocurrencia de traerle el “Sports Weekly” de reciente edición, y el titular de la famosa columna de Steve Toynbee, el comentarista más duro y combativo del mundo del boxeo, había logrado borrar de su mente todos sus placenteros deseos junto a Suzzy, o cualquier otra chica tan atractiva o más que su rubia amiguita. Aquel comentario de Toynbee llevaba dinamita. Y lo malo es que él mismo temía algo así. No solo respecto a Stark, sino a sí mismo...

Ambos habían estado de acuerdo en no seguir el juego del Sindicato. Savallos, el promotor griego, y Solousos, el judaico empresario y hombre de negocios pugilísticos, habían creído siempre que todo iría conforme a sus deseos y proyectos. Pero falló.

Falló porque Stark tuvo el valor de seguir adelante y ganar el combate. Falló, porque él, Sadler, no quiso administrar a su pupilo, cuando le cuidaba en el rincón, entre *round* y *round*, la droga prevista por Zachary.

Ambos habían pensado lo mismo. Valía la pena rebelarse, desafiar al Sindicato y ganar aquel título, sueño dorado de cualquier boxeador profesional.

Y ahora...

Ahora venía el despertar del sueño. Título, triunfo, gloria, dinero y futuro. Todo lo ganado es un formidable octavo *round*, con final de knock out y clamor popular, jugado a una sola carta, frente al poder, la ira y el afán de revancha del Sindicato.

Stadler también tenía miedo. Mucho miedo. Por él, por Stark. Y ahora, Toynbee ponía el dedo en la llaga, desde las páginas del “Sports Weekly”.

Tomó una repentina decisión. Nueva York podía ser en breve una ciudad llena de peligros y riesgos. Cualquier lugar del país le ofrecería mejor escondrijo. Ya se pondría en contacto con su pupilo más adelante. Ahora, solo había una cosa que hacer: huir.

Y huyó.

Hizo su maleta, lo preparó todo en escasos minutos, y poco después abandonaba su apartamento, dirigiéndose a un taxi libre, allí cerca aparcado. Subió a él, le dio la dirección del Aeropuerto Kennedy.

Sadler se sentía más tranquilo, mientras cruzaban Manhattan,

hacia el aeropuerto internacional. Aún no sabía si emprendería viaje hacia la costa del Pacífico, o hacia el extranjero. De cualquier modo, y por un tiempo, lejos de Nueva York. Esperaba que Joe fuese lo bastante listo para hacer lo mismo.

Súbitamente vio algo raro a través de las ventanillas. Se inclinó hacia el taxista.

—Eh, creo que se equivoca —señaló—. Este no es el camino del Aeropuerto Kennedy.

—Lamento dar este rodeo, señor —informó el taxista sin volverse—. Pero hubo un incendio en East Side, y han desviado el tráfico por unas horas.

—Oh, entiendo —gruñó Sadler, aunque no entendía nada. Y se sintió inquieto, sin saber la razón. Miró al exterior. El taxi aceleró, metiéndose por unas callejas angostas, hasta alcanzar un pasaje estrecho, entre muros de ladrillo. Cada vez más preocupado, el *manager* volvió a inclinarse hacia el taxista e insistió—: Escuche amigo, de todos modos, no es este el trayecto más adecuado para rodear East Side hacia el Aeropuerto, y...

El taxista frenó en seco. Se volvió, hacia él, como si estuviera molesto y fuese a replicarle agriamente. Pero sonreía. Y en su mano enguantada, apareció una pistola automática, provista de silenciador, que encañonó a Stadler.

—Señor, he seguido el camino correcto —sonrió el taxista—. ¿Complacido?

—¿Cómo? —jadeó Stadler—. ¿Qué significa...?

—Significa que no es tan fácil salir huyendo, Stadler —habló el supuesto conductor del taxi—. El Sindicato es siempre más listo y más rápido que nadie.

—¡Ustedes! —rugió el *manager*. Y abriendo la portezuela, rápidamente, trató de escapar del automóvil.

El taxista se limitó a voltear el arma, tomarla por el cañón alargado por el tubo silenciador, y arrojarla luego contra la nuca del fugitivo.

Sadler lanzó un gemido, paró en seco, y luego rodó de bruces el estrecho tramo de callejón entre el taxi y el muro de ladrillo. El taxista descendió. Detrás, se había detenido una furgoneta comercial que parecía seguir las huellas del coche de alquiler. Los faros iluminaron la escena. Bajaron dos hombres de abrigo oscuro y sombrero. Se acercaron al taxista y al caído.

—No tiene señales de violencia —explicó el conductor del taxi, sonriendo—. Podéis llevarle adonde está previsto, y hacer lo dispuesto.

—Será rápido —habló uno de la furgoneta. Un disparo a quemarropa en la sien, el arma en su mano... y veredicto de suicido.

Stadler, bajo una fuerte excitación nerviosa se mató. Pobrecillo... Vamos, hay que cargarlo en la furgoneta. Tú, vete ya con el taxi. El asunto está resuelto.

—Bien —suspiró el taxista—. ¿Y Stark...?

—Listo también —rió el otro—. Esta madrugada, se desnucará, al caer, medio borracho, desde la ventana de una casa de mala nota donde fue a divertirse...

—Bien. Eso liquida el asunto... —el taxista regresó.

CAPÍTULO II

E

STA segura de lo que dice, señorita Taylor?

—Absolutamente segura, señor. Era Joe quien telefoneaba. Parecía muy excitado. Luego, se cortó la comunicación. Y no pude reanudarla. Cuando fui a su casa, no había nadie. No me abrieron la puerta siquiera. El conserje dijo no haber visto a Joe. Pero él duerme muchas veces durante la noche, Joe me lo dijo. Posiblemente mienta.

—Posiblemente sí —suspiró Elmer Hess, inspector de la Oficina Federal de Investigación contemplando pensativo a la joven visitante, sentada frente a él—. Trataremos de localizar a su joven prometido, el flamante campeón Stark. Pero no entiendo por qué le dijo él que se pusiera usted en contacto con el FBI.

—Yo tampoco. Él nunca me habla de sus cosas, de su profesión, pero últimamente anda algo preocupado. Y cuando ganó el título, me dijo algo muy raro.

—¿Qué fue ello, señorita Taylor?

—Dijo... dijo que esperaba que todo fuera bien, y esa victoria no le trajese malas consecuencias.

—¿Por qué dijo eso? Un título de campeón no parece que pueda traer nada malo...

—Es lo que le dije yo. Él se echó a reír forzosamente, y me dijo que olvidase eso, que era una tontería, y estaba muy nervioso. La explicación no era muy satisfactoria, pero la acepté. Ahoraghe recordado el hecho, al llamarme él a una hora tan desusada, y decirme que era urgente que debía avisar al FBI.

—¿Dice usted que no pudo reanudar su conversación con él?

—Eso es. Tampoco con la centralilla de la casa, aunque lo intenté. No contestaban. Estaba comunicando. Su número, sin embargo, ni siquiera emitía señal alguna.

—Ya —meditó Hess—. Como si hubieran cortado el cable telefónico...

—Sí —ella le miró, asombrada—. ¿Por qué dice eso? ¿Teme que alguien...?

—Deme, por favor, el número de teléfono de su prometido.

Intentaré llamar yo ahora.

Ella se lo dio. Hess llamó. Sin hacer comentario alguno, miró fijamente a su visitante y le tendió el teléfono.

—Escuche, por favor —dijo.

Lo hizo Beverly. Asombrada, oyó la llamada repetida, sin que nadie descolgara.

—Pero... ¡pero antes no daba señal alguna! —protestó, abriendo mucho los ojos—. Inspector, créame. No estoy loca ni pude equivocarme. Probé diez o doce veces, estoy acostumbrada a llamar a ese número y nunca me he equivocado antes...

—Está bien, está bien —la calmó Hess, sonriente—. No le acusé de nada. Solamente le pedí que escuchara. Usted no oyó señal alguna. Ahora sí se oye. Eso puede significar que repararon la línea cortada, para ahuyentar sospechas. Investigaremos eso, no lo dude.

—Inspector, es extraño que Joe no esté en casa. A no ser que haya ido a ver a su mánager, Gus Stadler, no comprendo donde pueda hallarse...

—¿Sabe el teléfono de Stadler?

—Sí. Le he llamado a veces allí, cuando estaba reunido con su mánager.

—Démele, por favor —lo anotó y probó suerte—. El timbre llamó y llamó, sin que nadie lo atendiera. Hess lanzó un resoplido—. Tampoco contestan. Creo que investigaremos esto, señorita Taylor. ¿No puede explicarme nada especial acerca de su prometido?

—¿Especial? No, creo que no. Es feliz con su título, estaba seguro de ganarlo, y me dijo la noche del combate que vencería, a pesar de todo y de todos.

—¿A pesar de todo y de todos? —Hess arrugó el ceño—. Creo recordar que su novio era el favorito de ese combate. Las apuestas iban a su favor en gran porcentaje...

—Algo dijo también de las apuestas —recordó Beverly, sorprendida.

—¿Qué fue ello? Trate de recordar, señorita Taylor, porque puede ser importante.

—No dijo mucho. Fue un comentario que me chocó, y del que ya no me acordé. Fue cuando íbamos hacia el Madison Square Garden. Mencionó Stadler la marcha de las apuestas. Joe se echó a reír de un modo raro, como forzado, y dijo algo así como: “Los que hayan apostado a favor de mi rival, se harían ricos si yo pierdo hoy. Creo que más de uno va a salir muy defraudado del Madison cuando el combate termine...”

—Siga —se interesó Hess—. ¿Qué más dijo él?

—Eso fue todo, señor. Stadler le interrumpió, preguntándole

algo, con mucho nerviosismo, y ya la conversación siguió otros derroteros. ¿Cree que puede ser algo importante?

—Podría serlo, sí —afirmó rotundo Hess, poniéndose en pie—. Ahora, señorita Taylor, vuelva a su apartamento, y no hable con nadie de esto. Absolutamente con nadie. No nos mencione a nosotros, no cite para nada lo que habló su prometido ni aluda a cosa alguna de ese asunto.

—Así lo haré, inspector Hess —le miró angustiada—. Pero ¿cree que a Joe pueda... pueda haberle sucedido algo raro?

—No, no lo creo —trató de calmarla él, afable—. Ahora, vaya a descansar. Lo que sigue es tarea nuestra. Si su prometido corre algún peligro, nosotros le protegeremos.

* * *

No hubo ocasión de proteger a nadie.

A primera hora de la mañana, Elmer Hess era informado de que el cadáver de Stark había aparecido, desnucado, en una callejuela situada detrás de una casa de mala fama, y por los primeros indicios, el campeón parecía saturado de alcohol cuando se le venció el cuerpo, en la plataforma de la escalera de incendios, yéndose abajo mortalmente.

Casi simultáneamente, el cuerpo de su mánager, Gus Stadler, era hallado sin vida, víctima de un tiro en la sien, empuñando un arma de fuego con la que se hizo el disparo, y con una misiva encima, confesándose autor de su propio fin en un momento de depresión. La firmaba él, y a juzgar por sus documentos, era su propia letra, o quien la falsificó era un experto de primera clase. Eso último es lo que pensó Hess apenas supo detalles del doble suceso.

* * *

Lee Williard contempló pensativo a su superior.

—Sí, opino como usted —admitió—. Dos asesinatos. Nada de suicido ni accidente.

—Conforme, Lee. Usted que ha sido boxeador amateur, y que aún practica ese deporte, y lo sigue en el profesionalismo como gran aficionado, entenderá más de ello que ningún otro —suspiró Hess—. ¿Qué cree que sucede?

—Sinceramente, pienso que hubo amaño en el combate de Stark, para ganar una fortuna a la contra, pero el aspirante no se resignó a jugar el papel de comparsa, y ganó el combate, estropeando el negocio a los apostadores profesionales.

—¿El Sindicato?

—Eso me temo, sí —convino el joven, alto, arrogante y atlético Lee Williard, agente federal, y anteriormente boxeador amateur con gran porvenir. Pero él había elegido este otro camino, y se sentía satisfecho de ello—. El Sindicato mangonea en muchas cosas. El boxeo no es una excepción ni mucho menos. Stark y su *manager* se lo jugaron todo a una carta. Ganaron la primera baza, pero el Sindicato no perdona. Esto será un ejemplo para otros que estén controlados por ellos. Nadie se atreverá ya a desafiar a la Mafia.

—Es lo que me temo. Y ese chico, Olaf... a punto de disputar un título mundial en su categoría.

—¿Olaf? —arrugó el ceño Williard.

—Sí. “Bomber” Olaf. Un muchacho de origen escandinavo, como yo —suspiró el inspector federal—. Conocí a su padre, y le traté a él de niño. Un chico con ambiciones. Un estupendo boxeador.

—Le conozco de nombre. Sí, dicen que es bueno. Tiene un futuro espléndido.

—Si no se lo destrozan antes. Y si no cede... ya vio lo de Stark.

—De modo, inspector, que tiene doble interés en el caso: por lo ocurrido... y por su amigo y casi compatriota, ¿no?

—Eso es. Lee, usted entiende de boxeo más que ningún otro agente. Quiero que se ocupe del caso, pero de un modo... discreto. Que no le vea apenas nadie, y que no sepan que es un agente federal.

—Bien. ¿Algún motivo especial para eso?

—Estaba pensando —meditó Hess—. Se me ocurrió que tal vez necesite meter pronto a uno de los nuestros en el propio mundo del boxeo, en su trasfondo mismo. Y ese alguien podría ser usted, sí como temo, el Sindicato, anda por medio de este asunto, y las cosas no son como ellos quieren que parezcan...

—Conforme —aceptó Lee—. Estoy a su disposición, inspector. Aún sé manejar los puños de un modo ortodoxo, después de todo.

—Estoy seguro de eso —sonrió Hess, dándole una palmada en sus fuertes espaldas—. He investigado en casa de Stark, Lee. Realmente, creo que se cortó el cable telefónico, pero no hay evidencia de ello. El telefonista niega que ello sucediera. Le han debido amenazar, coaccionar... o sobornar. De cualquier modo, niega que se cortara la línea esa noche, y no puedo probar lo contrario. Ya sabe cómo hace el Sindicato esas cosas. Tiene expertos para todo.

—Lo sé. ¿Y Stadler, el *mánager*...?

—Le vieron salir de casa con una maleta. Tomó un taxi cerca del edificio. Es la última vez que le vieron vivo. Apareció en un miserable hotel del suburbio del East End, con la maleta en el

suelo, la herida en la sien, el arma en la mano... un libro de poemas de Baudelaire, que no son precisamente para levantar la moral de nadie, una botella de licor, y mucho alcohol dentro de su cuerpo, como en el caso de Stark. Claro que pudieron administrárselo a la fuerza, antes de asesinarle.

—Es lo que hicieron, sin duda... —Lee Williard apretó los labios con fuerza.

—Pero no podemos probarlo, Lee. Y sin pruebas, no hay caso. Ni siquiera justificaríamos nuestra intervención oficial en esto. De modo que, por el momento, será solo oficiosa... hasta que hagamos comparecer ante un jurado especial, a un testigo que pueda cambiar mucho las cosas.

—¿Qué testigo?

—Beverly Taylor, la prometida del infortunado “Tigre” Stark...

* * *

—¿Beverly Taylor has dicho, Hess?

—Sí, capitán —asintió el inspector federal, mirando fijamente a su amigo de la Policía Metropolitana, el capitán Moran, de Homicidios, uno de los pocos hombres de fiar, dignos de total confianza, dentro de la policía de Nueva York. Alguien al margen de toda sospecha de coacción o soborno—. Beverly Taylor. La novia de Joe Stark.

—¿Qué puede ella aportar al caso, para obligarnos a reunir un jurado especial, en una vista previa que altere el dictamen oficial de “muertes por accidente y suicidio”, respetivamente? —el capitán Moran mostró en sus francos, penetrantes ojos, una expresión de inquietud, al añadir—. Tú sabes la polvareda que armaría abrir un *dossier* sobre el boxeo, bajo la excusa de un doble asesinato... Hay tantos intereses, tanto prejuicio...

—Y tanto canalla viviendo de ese noble deporte... —terminó Hess con un suspiro.

—Cierto, Elmet. Tú sabes de eso algo también. ¿Cómo va tu amigo, el joven Olaf?

—Regular —sonrió Hess—. Solo son veintidós años. Va a casarse pronto. Y no quiero que le ocurra lo de Stark.

—Entiendo. Continuemos con la chica, la Taylor... ¿De veras puede probar algo?

—Ella es nuestro único testigo. Recibió la llamada de Stark, oyó cómo se cortaba el teléfono, ha oído frases reveladoras en labios de su prometido... En suma, Moran, tenemos que utilizarla a ella ante un jurado especial. No será definitivo lo que aporte, pero sí lo suficiente para que el Fiscal abra el expediente y se investigue a

fondo. Si hay líos en el boxeo, relacionados con las apuestas, es jurisdicción nuestra. Pero siempre actuaré con tu apoyo, Moran. Y con tu colaboración.

—Gracias, Elmer —el capitán le sonrió, animoso—. Conforme. Vamos a intentarlo por todos los medios. Pero actuaremos de modo muy confidencial y secreto. Ni siquiera de mi personal me fío. Hay gente sobornada en este Departamento, por desgracia nuestra. El dinero del Sindicato compra conciencias fácilmente. Incluso las de algunos policías sin escrúpulos. De modo que hablemos en voz baja, Elmer. Dices que citaremos a la chica y...

* * *

El oficial de policía Hayward, capitán de la División de Detectives, sonrió malignamente. Había sido una suerte que escuchara por la puerta entreabierta a su colega y vecino de despacho, Moran, hablando con aquel inspector federal.

No utilizó el teléfono de la policía, sino uno público, ya en la calle. Marcó el número, y una voz borrosa, opaca, sonó al lado opuesto del hilo telefónico:

—Smitthers —sonó ronca—. ¿Quién llama?

—Hayward —dijo con frialdad el capitán de policía—. Es urgente.

—Adelante. Le escucho, Hayward. ¿Ocurre algo?

—Sí, ocurre algo. Importante, además. Tienen un testigo. ¿Puedo hablar?

—Es línea de seguridad. Perfectamente controlada. No hay interferencias. Siga.

—Se trata de una chica. Novia de Stark. Beverly Taylor. Sabe algo, y van a presentarla ante un jurado especial y el Fiscal del Distrito, para intervenir el FBI en el caso. De modo que hemos de adoptar medidas inmediatas... e impedir que eso suceda.

—Sí —convino la voz del misterioso Smitthers—. Hay que hacerlo. Inmediatamente.

CAPÍTULO III

E

El automóvil se detuvo ante el edificio de ladrillos rojos. Un alto joven de abrigo oscuro y sombrero flexible salió de él. Cruzó la acera con rapidez. Estrechó la mano del hombre que le esperaba en el umbral.

—Hola —saludó—. ¿Está...?

—Sí. Está dentro. Vamos, entre conmigo. Será solo un momento...

Los dos hombres entraron. Se internaron por los claros corredores, extrañamente silenciosos y de huecos sonidos, al retumbar los pasos, allá en la distancia. La luz del día se iba perdiendo, hasta que la luz azul del fluorescente los acompañó, con su cruda luminosidad vertical, que marcaba acentuadamente las sombras profundas de sus rostros poco amables y nada risueños.

Llegaron a la puerta donde el hombre de bata blanca les esperaba. Se limitó a apartarse a un lado y dejarles paso. Ellos abrieron una puerta vidriera escarchada. Se adentraron en una amplia sala blanca, fría, aséptica.

Otro empleado abrió un cajón en el muro, con un número y unas letras. En el interior, apareció algo envuelto en una tela blanca. Una etiqueta, adherida, daba una serie de cifras, letras y un nombre, con una serie de datos en clave.

Los dos hombres se acercaron. El mayor de ambos se inclinó. Tiró de la blanca tela. Y dejó al descubierto un cuerpo humano. Un rígido, pálido, helado cuerpo desnudo.

El cuerpo de una mujer.

El más joven, alto y enjuto, esbelto y fuerte a la vez, contempló silenciosamente el cuerpo sin vida, las salpicaduras de sangre todavía visibles, oscuras, secas sobre el abdomen y los virginales senos color cera. También había una herida de bala en la sien. Y manchas rojo-oscuras, de un granate lúgubre, en los cabellos sedosos, lacios, de un castaño pálido.

Los dos hombres se miraron en silencio. El mayor respiró hondo.

—¿Se da cuenta Willard? —preguntó con voz ronca.

—Sí, entiendo muy bien, señor Hess —habló calmoso el joven—. La asesinaron...

—A tiros. Luego, tiraron el cuerpo al río. Un barco remolcador, la encontró cerca de los viveros de la bahía. No llevaba mucho tiempo allí. Pero desde luego, cuando fue arrojada al mar, ya estaba muerta. Eso lo comprobaron sin lugar a dudas, para no correr peligros.

Lee Willard no dijo nada. Afirmó con lentitud, moviendo despacio la cabeza. Era de cabellos muy oscuros, casi negros, ojos profundos, color café oscuro, tez bronceada y facciones firmes y acentuadas. Vestía elegantemente un terno gris, bajo el abrigo liviano, de entretiempo.

—No hay dudas sobre la identificación, ¿verdad? —indagó.

—Ninguna, muchacho. Es ella, Beverly Taylor. Fue prometida de Joe “Tigre” Stark. Y parecía saber muchas cosas. Demasiadas, para el interés de alguien...

—Entiendo. Ya van tres. Sadler, Stark... y ahora ella.

—Eso es. Si esto sigue adelante, no serán solamente ellos Willard. El boxeo está corrompido en nuestro país. La Mafia lo controla. Hay gentuza que dirige el negocio, bajo la todopoderosa presencia de la Organización. Así Stapoulos Zachary y otros. El propio Stadler estaba mezclado con ellos. Por eso le mataron o se mató, tal vez eso nunca se sepa a ciencia cierta. Hay quién se suicida y es como si le hubieran asesinado, porque lo hace asustado, mediatizado, para no seguir sufriendo. Beverly Taylor no creo que fuera de esa clase. Quiso luchar. Y así terminó...

—Es la eterna historia. Desde hace muchos años, desde tiempos de Capone, e incluso antes, cuando la *Omertá* llegó a nuestro país...

—Lee Willard sacudió la cabeza, pesimista—. Dios mío, ¿cuándo terminaremos con el azote?

—Cuando la gente deje de ser cobarde, cuando la gente deje de dejarse coaccionar, cuando los policías no se dejen sobornar, cuando todo el mundo sea limpio, honesto y valeroso. Pero eso no sucederá nunca. O tardará tantos años en ocurrir, Willard, que nosotros ni siquiera llegaremos a conocerlo, desgraciadamente.

—Sí, es lo que me temo, señor... —Lee estudió nuevamente las facciones pálidas, tersas y dulces de Beverly, con esa serenidad majestuosa e impresionante que solo la muerte puede dar. Respiró con fuerza—. Era hermosa, señor Hess...

—Muy hermosa. Joven, llena de vida, de esperanzas, de ilusiones... —Elmer Hess sacudió tristemente la cabeza—. Empezaron a romperse estas cuando murió Stark. Ahora, solamente han destrozado una vida amargada y desesperada por el dolor. Para ella habrá sido casi un descanso. Para nosotros, no. Para

nosotros es un aliciente, un incentivo para seguir, para llegar adonde sea, pero para llegar, en suma.

—¿Alguna pista?

—Ninguna. Puede ir a acusar a Savallas, a Salomón... No ganará nada con ello, Willard. Ellos saben que están a cubierto, bien protegidos. Saben que no hay nada que hacer contra su escudo protector. Es imposible lograr nada. Completamente imposible, para ser sinceros. Hay que buscar pruebas. Pero incluso en ese terreno, no basta con Savallas o Salomón. Ellos son solamente miembros secundarios en el juego.

—¿Y los principales?

Hess suspiró con fuerza. Hizo al empleado de la Morgue de Nueva York un gesto ostensible, y él entendió. Asintió, cerrando el cajón. Dentro quedó el cuerpo de la infortunada muchacha. En el frío industrial de los refrigeradores para cadáveres. Como un objeto. Como algo que nunca fue humano ni nunca tuvo vida.

Pero Lee Willard se quedó mirando aquel cajón herméticamente cerrado ya. Porque él sí sabía que aquel cuerpo humano tuvo vida, palpitó con calor, con ternura, con amor. Y como su propio amado, Joe "Tigre" Stark, fue brutalmente eliminada cuando se convirtió en un riesgo para los miembros de la Mafia.

La eterna, la terrible, la dantesca historia...

Salieron de la Morgue. La pregunta de Lee seguía en el aire. Hess la fue respondiendo por el camino, con dolorosa apatía:

—Los principales... Eso nunca se sabe, Lee. No sea ingenuo, muchacho. Usted es un joven federal, un hombre que viene al FBI con auténtico afán renovador, con entusiasmo, con fe en sí mismo y en nosotros. No se haga ilusiones. Somos fuertes, pero no tanto como quisiéramos. Incluso el FBI encuentra limitaciones para combatir a cierta clase de gentuza. Hay demasiados intereses en juego, demasiada gente importante involucrada. Políticos, financieros, industriales, policías, hasta Senadores... Es vergonzoso. Vergonzoso y horrible. Pero es así. Así hemos de admitirlo... Es un pulpo de mil tentáculos. Y tiene varios en cada Estado, en cada ciudad, dispersos, pero férreamente apoyados, dirigidos por cerebros privilegiados... Es la clave de su éxito de su poder. Unas veces eligen las apuestas otras las carreras de caballos, el juego, el boxeo, el cine, la industria, los negocios... De cualquier modo, que lo hagan, tienen éxito. Porque tienen que tenerlo. Son demasiado fuertes para fracasar.

—Ahora estamos con el boxeo, señor. Con uno de los tentáculos

—sonrió Willard fríamente. Sus mandíbulas se crispaban, belicosas, agresivas—. ¿Quién dirigirá esa célula?

—Solo Dios lo sabe —suspiró Elmer Hess—. No sabría contestar

a ello, la verdad. Conozco a esos dos peces relativamente gordos que son el griego Savalas y el judío Salomón. Pero detrás hay alguien, qué duda cabe... Me gustaría saber quién. Sería una forma de desarticular uno de esos temibles tentáculos.

—¿Esa va a ser mi misión, señor Hess? —sonrió de nuevo Willard.

Hess se detuvo. Miró a su subordinado, severamente. Luego afirmó con un asomo de sonrisa en su grave rostro ensombrecido.

—Sí —admitió—. Esa va a ser su misión.

* * *

“LA MAFIA ASESINO A JOE “TIGRE” STARK. AHORA, EJECUTA A SU PROMETIDA, BEVERLY TAYLOR. ¿SABIA ELLA DEMASIADO? ¿DESAFÍO A LOS DIRIGENTES DEL SINDICATO? TODO HACE PENSAR QUE SI. Y ENTRETANTO... ¿QUE HACE NUESTRA POLICÍA? ¿A CUANTO SE ELEVA EL PRESUPUESTO DE LA MAFIA PARA SOBORNAR A LAS AUTORIDADES DE NUEVA YORK?”

Era la columna habitual de Steve Toynbee, en el “Sports Weekly”. Una columna valiente, atrevida, combativa. Esta vez, incluso, demasiado atrevida.

Lo estaban diciendo personas importantes de la ciudad, como el honorable Comisionado Arthur Deeming y el capitán de policía Lester Hayward. Este último acababa de arrojar a un lado, con viva ira, el ejemplar del periódico semanal deportivo, con su brillante portada en color, dedicada esta vez a una doble fotografía expresiva: el momento de la victoria por *K.O.* de Joe “Tigre” Stark en el Madison Square Garden, y una vista del cadáver del propio Stark en la Morgue de Manhattan.

—No se puede publicar esto —sentenció fríamente Arthur Deeming, fumando calmoso un buen cigarro habano.

—No, señor —sostuvo el capitán Hayward—. No puede publicarse.

Deeming le miró heladamente, detrás del humo azul de su cigarro.

—Pero se ha publicado —dijo, seco.

—Yo no pude evitarlo —argumentó vivamente Hayward con gesto de protesta—. Toynbee es un periodista de prestigio, de popularidad... Nadie puede ponerse frente a él en el mundillo de la Prensa, del boxeo... Sería como hacer estallar una bomba.

—El lanzó ya esa bomba —se enfureció Deeming, señalando el periódico—. Eso no va a gustarles nada a mis socios, capitán, y

usted lo sabe.

—Puedo presentar una demanda legal contra Toynbee por injurias a la Policía, pero eso causaría risa. Toynbee se mete con la policía y con quien quiere, cien veces al año.

—El asunto del boxeo está al rojo vivo. Ha habido demasiadas muertes y excesivos comentarios.

—Nadie puede frenar los comentarios, señor Deeming.

—No. Pero se puede frenar a Toynbee.

—¿Cómo? Si le matase alguien, el escándalo sería fenomenal, y atizaría el fuego.

—No he dicho que haya que matarle. Es demasiado extrema la solución. Con la chica, Beverly Taylor, el procedimiento fue un fracaso, capitán. Todo el país habla de ello. También nosotros cometemos errores a veces. Pero no volverá a ocurrir. Hay medios más... más sutiles.

—¿Por ejemplo?

—Usted es policía. Deshágase de Toynbee. Logre desacreditarlo. Eso armará un buen lío, y su literatura periodística se convertirá en basura.

—¿De qué modo podría hacerlo? Toynbee está casado con una mujer hermosa. No cedería a trucos con mujeres seductoras. Es inteligente. No fuma, ni bebe ni juega. No frecuenta lugares equívocos. ¿Cómo comprometerle en algo, señor Deeming?

El comisionado se exasperó ante la pregunta de su interlocutor. Sacudió la canosa cabeza con enfado, y replicó, hosco:

—Ya se lo dije. Es cosa suya, capitán. Despedácelo. Pero hágalo positivamente, de modo que nosotros no nos veamos implicados en ello. De cualquier otra forma, la ciudad y el país se nos echarían encima, después de ese explosivo artículo de ese chupatintas.

—El “chupatintas” Toynbee es el crítico de boxeo más cotizado y prestigioso de toda la costa Atlántica. ¿Qué le parece eso, señor Deeming?

—Hágale terminar con eso. Húndalo. Y no me pregunte “cómo”. Es cosa suya... Tiene una semana de tiempo para triturar a ese reportero, por importante que sea. No repare en medios. Pero sea inteligente, capitán. O dejará de recibir su paga habitual de cada mes, como hasta ahora... y entonces sus caprichos de mujeres hermosas y aficionadas a los lujos, sus partidas de póker y sus vacaciones con toda clase de comodidades, dejarán de existir de una vez para siempre. Está advertido, mi querido amigo...

El capitán Lester Hayward, de la policía Metropolitana de Nueva York, asintió, ceñudo. La advertencia era seria. Él lo sabía. Las personas como Arthur Deeming, y cuando él representaba, no amenazaban nunca en vano.

Sabía que tendría que deshacerse inteligente y astutamente de Toynbee, el crítico del “Sports Weekly”. O, de otro modo, su vida cómoda y fácil, con el jugoso dinero que recibía mensualmente del Sindicato, se terminaría. Y después de eso, caer en desgracia, e incluso morir en un “accidente” era cosa demasiado normal para no temerla...

—Sí —suspiró por fin el policía—. Tengo que acabar con Toynbee.

* * *

Steve Toynbee dejó de teclear en su máquina. Alzó la cabeza, mirando, sorprendido, a la persona que entraba en su despacho.

—Nadia... —murmuró—. ¿Tú por aquí?

—¿Te molesto, cariño? —preguntó Nadia Toynbee, con una sonrisa dulce y amplia en su hermoso rostro de mujer rubia, nórdica y llena de encanto.

—Cielos, claro que no —Steve se puso en pie, gratamente intrigado—. Es que me extraña tú presencia en casa, precisamente hoy... ¿No es el día del desfile de modelos de The Fashion?

—Pues sí, es hoy —sonrió Nadia—. Pero ha habido un retraso de dos horas en la presentación, a causa de un imprevisto. Por eso he podido regresar a casa. Pero si estás trabajando, te dejaré con tu tarea, cariño... No quiero importunarte en tu trabajo.

—No, no —negó él vivamente—. Mi trabajo puede esperar.

—Me dijiste que era importante.

—Lo era —rio él de buena gana—. Y aún lo es. Pero no tanto como mi querida esposa Nadia, sobre todo cuando logra robar una hora a su trabajo de modelo profesional, para venir a dar un poco de luz y alegría a la vida de su atareado marido.

—Tonto —ella rio, dejándose rodear por los brazos de él, risueñamente—. Será mejor que vuelvas a tu máquina y...

—Ni soñarlo —rechazó él—. Seguiré escribiendo más tarde. Ahora, soy todo tuyo, Nadia.

—¿No perjudicará eso tu trabajo? Dijiste que ese artículo era muy trascendental para el futuro del boxeo en nuestra ciudad y en el país entero...

—Sí, eso dije, y es lo cierto, Nadia. Es un artículo importantísimo para todos. Puede desvelar muchos misterios y suciedades escondidas en el mundillo del pugilismo. Estoy analizando el asesinato de Stark, de su prometida... y el amaño de los combates.

—Ten cuidado, Steve. Puede traerte complicaciones...

—Estoy habituado a ello. La Mafia siempre se enfrenta contra

mí, pero no me hace daño. No puede hacérmelo. Sabe que soy difícil de manejar. Incluso muerto les haría daño. Mucho daño. Mi carta, depositada en un notario, pasaría inmediatamente a la Oficina Federal de Investigación y al Departamento de Justicia. En ella aporté tantas pruebas e indicios, doy tal lista de nombres, que mi muerte, confirmando todo lo que allí digo, provocaría un colapso en la Mafia. Lástima que, estando vivo, valgo muy poco, porque no poseo pruebas contra ellos. Pero mi asesinato, sería la mejor prueba, Nadia, y ellos lo temen. No, no van a tocarme. Saben lo peligroso que es...

—Aun así, me asustas —musitó ella, preocupada—. Eres demasiado valeroso, te atreves a demasiadas cosas.

—No temas —rió él besándola—. No temas.

Y tomándola con fuerza en sus brazos, subió por la escalera, hacia la planta alta de la casa, mientras ella reía y pataleaba cómicamente en los firmes brazos del marido.

* * *

Steve Toynbee se anudó la corbata, riendo entre dientes jovialmente, y canturreando una tonada con alegre entonación. El espejo reflejaba su rostro ancho, fuerte, optimista y rudo. El rostro de un hombre que fuera de joven boxeador aficionado, y ahora un experto crítico en deportes, especializado en boxeo.

Nadia se había marchado de nuevo. La breve estancia en casa, a la hora en que se pasarían los modelos de la colección de The Fashion, la importante casa de modas donde conociera a su actual esposa, y a la que ella seguía ligada, presentando modelos como cuando era soltera, había sido como un grato, inesperado y emocionante paréntesis en la rutina habitual, que difícilmente se rompía, porque sus horas libres coincidían de modo muy raro y esporádico.

Terminó de vestirse. Ya había olvidado el artículo. Pero quería terminarlo, para la próxima edición especial de "Weekly". Una edición agresiva, dedicada a desentrañar los sucios entresijos del mundo del boxeo en Nueva York.

De repente, oyó pasos abajo. Sorprendido, enarcó las cejas. Nadia se había ido. Él estaba solo en la casa. ¿Qué significaba aquello?

—No creo que Nadia haya regresado de nuevo... —comentó—. Ahora sí que iba con el tiempo justo... y ni siquiera habrá tenido tiempo de llegar a la casa de modas...

Salíó de la habitación. Asomó a la escalera. Los pasos sonaron suaves y claros en el vestíbulo.

—¿Quién hay? —preguntó.

—Soy yo, Nadia —sonó la voz inconfundible de ella—. He regresado. Hubo una demora en la exhibición de los modelos, querido. Ya subo...

Toynbee se quedó petrificado por el asombro. ¿Otra demora? Y hablaba de ella como si fuese la primera. Como si todo se repitiera...

Esperó. Apareció ella. Era Nadia ciertamente. Comenzó a subir, sonriendo como solo ella sabía sonreír.

—Nadia... —murmuró Toynbee perplejo—. ¿Tú?

—¿Sorprendido? —rio ella—. Lo esperaba. No acostumbro a volver, Steve, a estas horas. Pasaremos un rato juntos, antes de que vuelva a The Fashion. Me alegra que estés aquí. Pero te imaginaba trabajando...

—Trabajando... —Steve arrugó el ceño. Era Nadia desde luego. Pero había algo raro. No mencionaba su anterior visita. ¿Qué sucedía? ¿Era todo una nueva broma?

Agitó un dedo, amenazador, burlonamente amenazador hacia su mujer.

—Mira, encanto, si quieres burlarte de mí, te diré que...

Ella estaba ya ante él, le envolvió en sus brazos amorosos. Le besó tierna, cálidamente. Luego, musitó a su oído:

—Tonto... ¿Llamas burla a que vuelva... para estar contigo un tiempo libre, cuando disponemos de tan pocos en nuestra agitada vida de trabajo?

Steve Toynbee iba a protestar. Ella le empujaba hacia la alcoba. Eso no tenía sentido. Nadia no era así. Y menos ahora, tras haber estado otra vez en casa, sorprendentemente.

—Nadia no puedo entenderte —murmuró—. ¿Desde dónde has vuelto?

—Desde la casa de modas, naturalmente —rio ella, burlona, risueña—. He vuelto para reunirme contigo. No esperaba que me recibieras así, amor. ¿Tanto te contraría verme?

—No, no es eso. Tú sabes por qué lo digo. Nadia, no entiendo lo que te está sucediendo y...

Ella volvió a abrazarle, le besó, sus manos le arañaron suavemente la nuca... Steve Toynbee, súbitamente, sintió algo raro. Una sensación de aturdimiento, de somnolencia, de repentina fatiga. Sus ojos se cerraban, un dulce sopor le invadía... Era raro. Muy raro. Trató de resistirlo. Intentó desprenderse de los brazos de su esposa, de su sorprendente esposa de aquel día, que volvía dos veces inesperadamente. No pudo. Ella le oprimió, le besó, le siguió rascando la nuca con sus uñas amorosas.

Y Steve Toynbee, súbitamente, dejó de sentir por completo. Se

hundió en su somnolencia inexplicable. Se sumergió en una dulzona, melosa, apacible oscuridad que todo lo nublaba, en especial su mente, sus sentidos, su pensamiento, su consciencia.

CAPÍTULO IV

L

EE Willard sacudió con energía la cabeza.

Contempló la ambulancia que se alejaba, haciendo ulular la sirena para abrirse paso por el tráfico denso de Manhattan, hacia la clínica.

Agentes de uniforme y federales de paisano rodeaban la zona. Coches celulares cargaban con grupos de gente de ambos sexos, de atrofiada expresión, algunos a medio vestir, cubriéndose el rostro para no ser reconocidos o fotografiados por los reporteros gráficos de la Prensa neoyorquina.

Lentamente, el joven federal Willard caminó despacio hasta donde se hallaba el inspector Hess, de la Oficina Federal de Investigación.

—Un deprimente espectáculo, inspector... —comentó, sombrío.

—Muy deprimente, sí —afirmó Elmer Hess, irritado. Encendió un cigarrillo nerviosamente y paseó por la acera, frente al edificio acordonado por la policía, en el corazón de Bowery—. O el fin de una brillante carrera... ¿Quién creerá ahora en la sinceridad y honradez de Steve Toynbee? ¿Quién leerá sus artículos y les concederá el menor crédito? Nadie por supuesto.

—Ha sido un duro golpe para Toynbee, sí.

—Ahora, veamos lo que dirá su esposa cuando lo sepa. Un hombre de su prestigio, un abanderado de la lucha contra la Mafia, desde las páginas de un prestigioso semanario deportivo... metido en este fangal hediondo. No lo entiendo, Willard. Sinceramente, no lo puedo entender.

Lee Willard paseó junto a su jefe, pensativo, afirmando silenciosamente con la cabeza. Tuvo un gesto de repugnancia para una mujer a medio vestir y para dos hombres lívidos y ridículos que, apenas cubriéndose con una camisa y un pantalón, entraban a empellones en un coche celular, pronunciando soeces imprecaciones dirigidas a los policías. El coche se alejó con sus viajeros.

—Esto no parece tener nada que ver con el mundillo del boxeo, señor —dijo Willard, pensativo.

—No, no parece tenerlo. Pero Toynbee es un crítico de boxeo, y sus artículos contra la Mafia mezclada en ese deporte, eran dinamita pura. Aún está muy reciente la crónica contra los *gangsters* acusándoles de la muerte de Stark, de su prometida, y del preparador Stadler. Pero ahora, ha terminado. Es su ruina como reportero.

—Oportuno suceso, ¿no?

—Muy oportuno para la Mafia. Inoportuno para ese desgraciado de Toynbee.

—¿Cómo fue la primera noticia de este fumadero de opio y de consumo de alucinógenos, en el Bowery, inspector?

—Una confidencia telefónica. Recibimos muchas, pero no todas son auténticas ni eficaces. Esta lo fue. Ya ha visto cómo les cogimos con las manos en la masa.

—Sí —se estremeció Willard—. Ya lo he visto.

Le era poco agradable recordar el momento de ver los cuartuchos destinados a los adictos a diversas drogas, su desnudez, su repulsivo aspecto, su aire de seres pervertidos, estúpidos e inconscientes, en un clima de pesadilla.

Sobre todo, a Steve Toynbee, un hombre joven aún, deportivo y de sano aspecto, embrutecido en aquella sala, con un montón de drogados de ambos sexos, en procaz estado, pero inmersos en su hediondo mundo personal de alucinaciones y de placeres artificiosos causados por el estupefaciente.

Una lacra infame, uno de los grandes peligros de la corrupción de la sociedad, hábilmente manejada por los especuladores de la droga.

Toynbee no estaba en muy buen estado. El médico federal había dictaminado excesivo consumo de alucinógenos, sobrepasando la dosis razonable. No había peligro de muerte, pero sí grave intoxicación. Convenía hospitalizarle cuanto antes y eso era lo que se había hecho.

Cuando esto se hiciera público, la propia Prensa iba a despedazar implacablemente a uno de sus propios representantes. La noticia, el informe público, la profesión periodística, en la jungla urbana de Nueva York, era tan despiadada como podía serlo la más feroz jauría de animales salvajes. Y ahora, Toynbee era la carnada, la pieza para el festín de las fieras...

—¿Toynbee tiene familia? —preguntó Willard.

—Sí. Una esposa joven, atractiva, inteligente y muy popular como modelo de una importante entidad de modas. Ambos trabajaban, porque la fama de Toynbee como comentarista le viene de hace poco tiempo, y ambos querían edificarse un porvenir sólido, con toda clase de sacrificios. Será un mal trance para ella...

En ese momento, del edificio acordonado, donde hallaran el fumadero de los sótanos surgió un policía que corrió hacia ellos presuroso. Saludó con respetuosa deferencia a Elmer Hess.

—¿Alguna novedad? —indagó el inspector federal.

—Sí, inspector. El doctor Brampton quiere verle. Es urgente...

Hess y Willard cruzaron una mirada. Ambos se dirigieron al interior de la casa, cruzándose con los últimos adictos, que eran conducidos a los coches celulares, para su traslado al establecimiento adecuado.

Hallaron al doctor Brampton delante de un cuerpo tendido sobre una camilla. El médico parecía aplicar al paciente remedios desesperados. Alzó la cabeza. Miró pensativo al inspector y su compañero.

—¿Qué sucede, doctor? —preguntó Hess.

—Esa mujer... —señaló a la camilla—. Es una adicta. Estaba en la misma cámara donde hallamos a Toynbee.

—¿Y bien...?

—Estaba inconsciente. Creí que, de resultas de la droga ingerida, como tantos otros. Luego, estudiándola más atentamente, he comprobado ciertas cosas...

—¿Qué cosas, doctor?

—Ha sido agredida por alguien... Tiene señales violáceas en el cuello... Sin duda, algún adicto, en el paroxismo de su estado, se ensañó con ella... Es una mujer hermosa, aunque convertida en una piltrafa por los narcóticos... Está agonizando, señor.

—¿Qué?

—La asfixiaron prácticamente. Eso, unido a su estado de drogada, provocó un colapso. Estoy intentando reactivarla, pero no es nada fácil, créame...

—Le creo, doctor. Siga intentándolo, se lo ruego. ¿Quién estaba cerca de ella al sufrir la agresión?

—Toynbee, precisamente. De cualquier modo, será fácil comprobarlo. El que la aferró el cuello, la arañó, rompiéndose la uña. El fragmento de uña estaba en el araño, clavado fuertemente. Lo tengo aquí. Pueden examinar a todos los adictos y sacar alguna conclusión, inspector.

—Sí, gracias —cambió una mirada rápida con Willard—. Océpese de eso, Lee.

—Conforme señor —Willard miró a la mujer tendida en la camilla—. Esto podría ser malo para alguien. Quien la haya agredido, sería acusado de homicidio, si a ella le sucediera algo...

El doctor regresó con rapidez junto a la mujer inmóvil. La examinó. Tomó su pulso, la auscultó. Luego, sombríamente, se

quitó el estetoscopio y alzó la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Ya es un homicidio. Está muerta...

* * *

—No. No puede ser.

—Créame, señora Toynbee, que no es nada agradable darle estas noticias —suspiró Lee Willard, contemplando a la hermosa, rubia Nadia, la modelo de The Fashion, esposa de Steve Toynbee—. Pero alguien debía hacerlo. Me ha correspondido a mí.

—Mi marido... Steve... —musitó ella sacudiendo la cabeza con estupor—. Él no solo no podía drogarse, sino que ni siquiera bebía alcohol, apenas fumaba, y no tenía vicio alguno que le fuese conocido.

—Exacto, señora. Que le fuese conocido... Usted lo ha dicho. A veces, uno se lleva sorpresas muy desagradables en ese aspecto. Steve Toynbee estaba entre los drogados en ese horrible edificio del Bowery. Su estado era lamentable. Pero los análisis y examen médico no dejaron lugar a dudas. Dosis excesiva de alucinógenos, previa embriaguez, estado de excitación terrible... Lo lamento, señora. Ahora está internado en una clínica, bajo control médico absoluto. Sufre una intoxicación causada por dosis excesiva de narcóticos, y desgraciadamente, ni siquiera se pudieron evitar vergonzosas fotografías, cuando salía de la casa para la ambulancia. Al mismo tiempo que nosotros, hubo una confidencia anónima a algunos periódicos sensacionalistas, y poco escrupulosos. Usted, que es la esposa de un periodista, sabe lo que es muchas veces esa profesión. Mañana saldrá en todos los periódicos la noticia. Unos, ocultarán piadosamente nombres. Otros, no. Ni nombres ni fotografías de escándalo.

—Dios mío, no —se cubrió el rostro, a punto de llorar—. No...

—Querría hacer algo por evitarle todo esto, señora. Lamentablemente, no hay nada que esté en mi mano lograr.

—Lo sé, lo sé... —irguióse ella desesperada. Pero secos sus ojos claros. Firme la expresión, decidida y valerosa. No iba a llorar. Nadia Toynbee era una mujer fuerte, dueña de sí. Lo estaba demostrando ahora—. Gracias de todos modos, señor... señor Willard.

—No me las dé. Es poco agradable dar malas noticias, señora. Otra cosa aún...

—¿Algo más? —vaciló ella—. ¿Malo también?

—Quizás peor aún —suspiró Lee.

—Peor... —sus manos se estrujaron con fuerza. Cobró ánimos para seguir soportando golpes implacables—. Siga, por favor. Dígalo

cuanto antes.

—Una de las personas asistentes a esa sesión de drogados... una mujer... apareció agonizante. Pensamos en intoxicación por narcóticos, pero no era así. La atacaron, quizás en un momento de paroxismo, de frenética exaltación a causa de la droga... La estrangularon. Medio asfixiada, bajo los efectos del narcótico, entró en coma. Y murió.

—Cielos... —se estremeció ella—. No... no estará Steve... mezclado en eso...

—No sabemos aún señora. Se está investigando. Pero ella ocupaba un lugar inmediato a él. Eso nada prueba, porque había al menos diez personas de ambos sexos en aquella cámara... Intentamos poner en claro el asunto, eso es todo por el momento.

—No puedo comprender nada de nada —se desesperó Nadia, muy pálida—. Esto tuvo que suceder justamente hoy mismo... Y esta mañana yo estuve en casa, regresé de la casa de modas, para estar una hora con mi esposo durante su trabajo... Era una pequeña sorpresa, a causa de la demora en una exhibición de modelos. Fue tan feliz al verme... Y yo a él. Nuestros horarios rara vez coinciden, y no siempre disfrutamos de una hora enteramente nuestra...

—Comprendo señora.

—Me marché dejando a Steve como siempre. Tranquilo, radiante, dispuesto a trabajar... Ahora regreso ya de noche... y él está en una clínica, drogado, mezclado en una muerte sospechosa y... ¡No, no, todo es demasiado horrible, demasiado inesperado! No es así él, estoy segura. Nunca fue así...

—Esperemos que se reponga y nos dé él su versión de los hechos, señora. Eso puede aclararnos algo. En la situación en que se halla en estos momentos su esposo, desgraciadamente, no creo que le sea posible disimular o equivocarnos con una historia cualquiera. Está obligado a decirnos la verdad y...

Sonó el teléfono, en la mesa de trabajo de Lee Willard, en la Oficina Federal de Investigación, adonde había llamado a la señora Toynbee. Una luz de soporte crudamente caía sobre la mesa, dejando en suave penumbra el resto de la oficina. Al fondo, al otro lado de la gran vidriera asomada a Manhattan, brillaban miles de luces en la noche, salpicando las altas moles de los rascacielos.

Nueva York era un ascua de luz en la noche. Todo palpitaba lleno de vida y de ritmo. Solo allí dentro, en la intimidad de la oficina federal, una mujer angustiada sufría un rudo golpe de la adversidad, y un joven agente del FBI sufría a su vez las consecuencias de una situación ingrata y difícil.

—Perdone —dijo Lee, tomando el teléfono. Y preguntó—: ¿Qué hay? Sí, Willard al habla. ¿Con la clínica? Sí, comunica.

Esperó, fija la mirada en ella. Ansiosamente, Nadia Toynbee le contemplaba desde su asiento, abriendo mucho los azules ojos nórdicos.

—¿Sí? —habló Lee Willard tras una pausa—. Soy yo, doctor. Hable, le escucho.

El médico le habló. Lee escuchó, sombrío. Asintió dos o tres veces. Luego dio las gracias y colgó. Se quedó mirando a Nadia, como si miles de millas la separasen de él. Hubiera dado años de su vida por no decirle lo que tenía que decir. Pero ella, con sus enormes ojos claros fijos en él, era una patética representación de la duda, el temor y la incertidumbre. Su voz sonó ahogada:

—Era... era sobre Steve, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —respiró hondo Lee, inclinando la cabeza—. Era sobre él...

—¿Le ocurre algo? —jadeó ella.

—Nada personal. Está fuera de peligro. Se recupera.

—Dios sea loado —ella entornó sus ojos como en una oración. Pero los abrió inmediatamente, con temor. Los clavó en Willard—. Sin embargo, algo ocurre...

—Sí, algo ocurre.

—Cielos, ¿qué es ello? ¿Puede informarme?

—Puedo informarla, aunque quisiera no hacerlo, señora... —Lee respiró con fuerza, tomó energías para seguir, y completó con voz firme—. Su esposo señora... ha sido examinado por expertos de esta Oficina Federal. Una uña humana apareció en un rasguño del cuello de la mujer. Se ha encontrado esa uña rota. Era de su esposo.

—¡No! —gritó agudamente ella, mortalmente pálida.

—Parece no haber dudas. El estranguló a la mujer... No se le puede descargar responsabilidad excesiva encima, porque actuó bajo los efectos de la droga, pero... aun así será forzosamente acusado de... de homicidio, señora Toynbee.

Nadia era fuerte. Lo había sido hasta entonces. Pero sin duda, llegó a su último grado de resistencia, porque exhaló un gemido entre dientes, puso los ojos en blanco y se desplomó en el asiento, resbalando hasta el suelo alfombrado.

Willard corrió a atenderla, rodeando su mesa de trabajo.

—Ya soportó demasiado —dijo Willard entre dientes, con expresión ensombrecida. Pobre mujer...

CAPÍTULO V

E

El periódico publicaba aquel día dos noticias importantes relacionadas con el deporte. Ambas en el mundo del boxeo. Ambas con temas que habían apasionado a la gente últimamente.

Una de ellas iba a toda plana, con gruesos caracteres tipográficos y gran escándalo informativo.

STEVE TOYNBEE, ACUSADO DE DROGADICTO Y HOMICIDA. COLUMNISTA DE BOXEO EN LA PICOTA PÚBLICA. UN DEFENSOR DE LA HONRADEZ Y LA LEGALIDAD EN EL DEPORTE, HUNDIDO EN EL MUNDO DEL VICIO Y EL DELITO.

La otra noticia secundaria respecto a la primera, pero de gran interés para los deportistas aficionados al boxeo, aparecía más abajo, con caracteres infinitamente más pequeños, pese a ser una noticia de primera categoría:

“BOMBER OLAF, EL JOVEN BOXEADOR DE ORIGEN ESCANDINAVO, ASPIRANTE AL TITULO MUNDIAL DE LOS SEMIPESADOS, SE ENFRENTARÁ A “DINAMITA” KELLOG, ACTUAL CAMPEÓN DE SU CATEGORÍA. SOLOMON, IMPORTANTE PROMOTOR DE NUEVA YORK, GARANTIZA ESTA APASIONANTE VELADA”.

Sí, eran dos noticias importantes para el deporte de las doce cuerdas. E incluso para una persona muy vinculada al FBI...

* * *

—Me lo temía... —masculló Elmer Hess, dando un seco golpe al periódico—. Ese tonto de Olaf ha cedido a los cantos de sirena de Salomón. Ya está en sus manos para el combate.

—De cualquier modo, vencerá —pronosticó el capitán Moran, de la policía Metropolitana—. Es demasiado bueno para un hombre casi “sonado”, como “Dinamita” Kellog. Solo que a este le apoya

Savalas, el griego, y hace de él un campeón casi vitalicio, a fuerza de arreglos y trucos. Eso no puedo durar, y “Bomber” será la persona encargada de dejar las cosas en su sitio. Es joven, experto, fuerte y arrollador. Un ídolo de las multitudes.

—Es lo que me preocupa. Entre Savalas y Salomón organizarán algo feo, estoy seguro. Y Olaf, mi buen amigo Olaf, puede ser la víctima de toda la maquinación, si a ellos les conviene...

—No seas pesimista, Hess. El boxeo está podrido por muchas cosas sucias, pero a la Mafia le conviene sacar un campeón como Olaf, para explotarlo a fondo. Entonces, con el título en sus manos, será el momento de revolverse contra todos ellos y huir de su influencia. Si tú le apoyas, ellos, asustados, no querrán encararse con el FBI y dejarán a ese muchacho.

—Posiblemente sea así —Hess sacudió la cabeza, preocupado—. Pero no me siento tranquilo... “Bomber” es un gran muchacho. Va a casarse con una muchacha de familia también nórdica, Ingrid Stocker. Una muchacha muy bella y muy inteligente y sensible. No quisiera que fuese un segundo Stark, bajo ningún concepto.

—No lo será. Ellos no se atreverían a hacer algo así, estando tú por medio, como amigo de Olaf. De todos modos, advierte indirectamente a Salomón, y eso surtirá su efecto, ya verás.

—Posiblemente lo haga —afirmó preocupado Hess.

—Olvida a Olaf —sonrió el policía neoyorquino—. Hay otras cosas más inmediatas y serias, Elmer. Como lo de ese hombre, Toynbee... ¿Qué se ha sacado en limpio?

—Nada —suspiró Hess.

—¿Nada?

—El afirma que es inocente. Que no tomó drogas en su vida. Que no estuvo en el Boverly, que nunca entró en ese fumadero, que no es posible que ocurriera nada de lo que se dice, y que todo forma parte de un complot monstruoso contra él.

—¿Eso tiene sentido?

—No, no lo tiene. Toynbee está en un atolladero. El Fiscal del Distrito no cree una palabra de su historia. Se registró su casa. Se encontraron, escondidas, dosis de alucinógenos. El sostiene una historia fantástica. Asegura que cuando volvió su esposa de la casa de modas, se abrazaron y besaron. Y que entonces se le borró todo de la mente, despertando en el hospital.

—¿Qué dice ella a eso?

—Que es falso. Cierto que volvió a casa inesperadamente, pero se marchó, dejando a su marido en perfecto estado. Es absurdo pensar que ella pudiera mezclarse en nada perjudicial contra él. Ama a su esposo por encima de todo, y jamás le haría daño alguno. Es más, está pasando un trance muy amargo, y no sabemos qué

hacer para que se recupere. Sufre una grave crisis nerviosa, pese a que es una mujer muy valiente. Y eso es todo por el momento.

—¿Y la acusación de homicidio...?

—Sigue adelante. Es inevitable. Es culpable de esa muerte, aunque fuese bajo el efecto de una droga. Eso impedirá que se juzgue por asesinato en primer grado, pero no que se le acuse de homicidio... Los médicos expertos en narcóticos afirman que paroxismos peligrosos, e incluso agresivos, se producen en ocasiones, especialmente si la dosis ingerida supera lo normal, como en el caso de Toynbee.

—Cielos, qué asunto más extraño... Un hombre como Toynbee, defensor puro de la honradez en el deporte y en todo... metido en ese sucio fangal.

—Así es a veces la vida. Yo quisiera creer en un complot, como él afirma. Pero es prácticamente imposible. No hay indicios de ello. Y sus propias declaraciones, mezclando a su mujer en el asunto, desvirtúan toda posible certeza de que tal complot pudiera haber existido.

—Bien, dejemos eso. Después de todo, ya no es cosa tuya tampoco. Ahora todo depende del Fiscal...

—Sí, pero un colega, un subordinado mío, insiste en ver algo raro en todo el suceso.

—¿Quién?

—Lee Willard, el muchacho de quién te hablé, boxeador aficionado y buen agente nuestro a quién encargué el caso. Él tiene la corazonada de que Toynbee es inocente, y la Mafia le ha hecho objeto de un siniestro complot. Pero no tiene el menor indicio en que basarse... Terminará por alejar de si semejante idea, estoy seguro de ello.

* * *

Lee Willard contemplo la pantalla de televisión.

La fluorescencia azul de la pantalla revelaba claramente las dos figuras humanas, separadas por una tupida red metálica que no les impedía verse e incluso tocar sus dedos, por encima de la malla.

Los dos se quedaron mirando el uno al otro. Willard se inclinó. El circuito cerrado de televisión, conectado con la salita de visitas de la prisión provisional donde se hallaba recluso, sometido a observación médica, el periodista Steve Toynbee, daba una nítida imagen de ambos. Del periodista y de su esposa Nadia.

El sonido brotaba limpio por el altavoz. Una grabadora, funcionando silenciosamente iba recogiendo ese sonido, junto a Lee.

—Hola, Steve.

—Hola, Nadia.

Se miraron. Como dos extraños. Como si se vieron por primera vez. O como si no fuesen los mismos.

—Steve, ¿cómo pudiste...?

—Nadia, lo juro. Yo no fui. No lo hice.

—Te encontraron en esa casa. El FBI no iba a inventarse una cosa así. Hay fotografías... Fotografías vergonzosas. Steve, cuando salías con los demás detenidos... He sentido horror al verlas.

—Lo comprendo —inclinó la cabeza. Se sentó lentamente en su lado de la reja. Al otro lo hizo ella, también muy despacio. Por unos momentos, ni siquiera se miraron. El prosiguió, tras la larga pausa —. Nadia... Nadia... yo...

—¿Qué, Steve?

—Yo no comprendo... No entiendo nada.

—Hallaron droga incluso en casa. Muy bien escondida... Steve, ¿cómo pudiste tenerme engañada todo este tiempo?

—Nadia, has de creerme. Yo no sé nada, no entiendo nada. No hice nada. Algo me ha ocurrido, alguien me... me metió en esto...

—Es fácil buscar excusas así. Lo difícil es probarlo. ¿Puedes tú, Steve?

—No, no... Sin embargo, tiene que haber una explicación. En alguna parte, alguien estará riéndose de mí, sabiendo que me ha vencido, que me ha hecho trizas. Esto es mil veces peor que morir. Es hundirme, desprestigiarme para siempre... ¿Es que no te das cuenta, Nadia, amor mío?

—¿De qué tengo que darme cuenta, Steve?

—De todo lo que sucede. De la gran mentira construida por alguien... Es horrible, es monstruoso... Lo han creado todo para aniquilarme. Y lo están logrando. Una conspiración, Nadia... La Mafia...

—Oh, Steve, no. No me vengas con eso ahora. Es demasiado sencillo. Y no explica nada. Tú... tú mismo has dicho algo horrible a la policía. Algo enteramente falso...

—¿Yo? —la miró, asombrado—. ¿Qué es lo que he dicho? ¿A qué te refieres, Nadia?

—Afirmaste... afirmaste que yo... yo estuve en casa contigo... hasta que olvidaste todo y te hundiste en la inconsciencia, para despertar en esa horrible casa de Bowery...

—¡Y es lo cierto, Nadia! —gritó él—. ¡Tienes que recordarlo! ¡Tú lo sabes...!

—Pero... pero Steve, ¿qué horrible cosa estás diciendo? Yo no estuve en ese momento a tu lado. Te dejé normalmente, me sonreíste al marcharme...

—Eso fue la primera vez, Nadia.

—No sabes lo que dices. Primero me marché. Luego volví, estuve... muy cariñosa contigo. Y tú conmigo, Steve. Me marché a la casa de modas. Me despediste sonriendo, cantando ante el espejo... Eso fue todo.

—Pero Nadia, luego volviste otra vez, cuando ya te imaginaba camino de la casa de modas... Me asombraste mucho. Volviste a abrazarme, a mostrarte cariñosa... y de repente, no sentí nada. Se borró todo en mí, estando en tus brazos. Desperté en la clínica...

—Steve, es falso. Totalmente falso —se irguió ella, rotunda—. Yo nunca estuve en casa más que una vez, al volver de la casa de modas por el retraso de la exhibición.

—¡Volviste una segunda vez! ¡Tienes que acordarte! —gritó él.

—Steve, no concibo adonde quieres ir a parar con esa mentira. Es lo más ridículo y falto de sentido que oí jamás.

—¡Nadia espera! ¡No te vayas! —gritó Toynbee, estirando sus brazos, aferrando la red metálica con desesperación—. ¡Escúchame! ¡Tienes que recordar! ¡Tienes que recordar...!

Salía deprisa.

No miró hacia atrás.

Nadia ya estaba fuera de la estancia. Un enfermero fue a por Toynbee.

—Tienes que recordar. Estuviste dos veces. Dos veces, Nadia...

Pero naturalmente, ella ya no le oía. Lee Willard respiró profundamente. Quitó la imagen y el sonido. Se quedó fumando, pensativo, fija su mirada en la pantalla sin luz ni imagen.

Volvió atrás la cinta del magnetófono, y escuchó de nuevo la entrevista completa de ambos esposos...

—Me llamo Alice Dundee. Sí, soy compañera de trabajo de la señora Toynbee. ¿Desea algo de mí?

—Deseo hacerle unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Mejor sobre quién. Se refieren a la señora Toynbee precisamente.

—Oh, Nadia... —Alice Dundee sonrió complacida—. Una gran compañera. Honesta, buena e inteligente. Trabajo muy a gusto a su lado.

—Lo supongo. No vengo a averiguar nada que la perjudique, puede creermelo. Por el contrario, pienso ayudarla.

—Falta le hará, pobrecilla. He leído los periódicos. Es espantoso...

—Espantoso, sí. Si usted también quiere ayudarla, posiblemente ello nos permita aunar esfuerzos y llegar a algo positivo, señorita Dundee.

—Le escucho. ¿Qué quiere saber?

—Verá... El otro día hubo un retraso imprevisto en una exhibición de modelos.

—Cierto, sí. Entonces, Nadia pensó en ir a casa y ver a su marido. Coinciden poco, a causa de sus diferentes trabajos. Él está toda la noche en el mundo del boxeo, en la Redacción, en ambientes deportivos y cosas así. Ella, trabaja durante el día aquí. Esa hora ganada inesperadamente por el retraso, quiso aprovecharla junto a su esposo, dándole así una grata sorpresa.

—¿La vio usted partir?

—Sí, desde luego. Debían ser aproximadamente las tres de la tarde. El desfile se aplazó hasta las cinco.

—¿Volvió pronto ella?

—Cuando todas nos disponíamos a prepararnos para el desfile. A eso de las cuatro y pocos minutos. Venía radiante, feliz. Decía que su marido era el mejor hombre del mundo, y cosas así.

—Entiendo. ¿Mencionó las veces que volvió a casa?

—¿Veces? Lógicamente, sería una. Regresó, estuvo allí y volvió. No dijo más, ni yo la pregunté.

—Sí, es natural. Señorita Dundee, ¿cree usted que Nadia Toynbee ama realmente a su esposo?

—¿Amarle? —ella le miró con asombro—. Más que eso. Le adora. Está pensando dejar esto en breve tiempo, si a él le aumentan el sueldo como se rumoreaba. Pero imagino que ahora, con el Escándalo, será diferente...

—Sí, seguro que todo será diferente... —suspiró Lillard, ceñudo—. Bien, señorita Dundee. Gracias sor todo.

Ella le miró, risueña. Era una joven pelirroja esbelta y atractiva. Le sonrió con sus carnosos labios rojos y con sus ojos de un verde suave, casi pardo.

—No tiene que agradecerme nada —dijo—. Si quiere, llámeme Alice. Es como me llaman los amigos. Usted es un joven muy agradable.

—Bien Alice —sonrió Lee—. La llamaré así gustosamente.

—Me gustaría colaborar con usted, puesto que está intentando ayudar a Nadia y a su marido —habló la muchacha—. ¿Puedo hacer algo más en su beneficio?

—No lo creo. Pero podría hablar con Nadia a menudo, averiguar detalles sobre su marido y su vida, cuando ella vuelva aquí. Tal vez algún indicio se le pueda presentar a usted y facilitar las cosas. No digo que Nadia oculte nada, pero sí que a veces se saben cosas que ni uno mismo advierte, y que sin embargo cobran valor para otra persona cualquiera. No sé si me entiende usted bien, pero...

—Le entiendo perfectamente, sí. Trataré de saber algo y se lo

haré saber en cuanto ello ocurra...

—Aquí tiene mi tarjeta —le tendió una con su dirección particular y su teléfono, así como el de FBI— No dude en avisarme, hora del día o de la noche. En mi profesión, nunca descansamos. Y si viese aquí que alguien, conocido o desconocido, se interesa demasiado por Nadia Toynbee, no dude en hacérmelo saber con el mayor número posible de detalles.

—No se preocupe. Cuente conmigo para todo —prometió Alice. Se golpeo pensativamente los labios gordezuelos y muy rojos con el canto de la tarjeta de visita, para finalmente preguntar—. Supongo que no tendrá interés para usted que se hayan preocupado por ella, por Nadia, antes de suceder lo de su marido...

—¿Antes? —Lee se detuvo, mirando interesado a la joven modelo pelirroja—. Pues, sí. Podría tener interés. ¿Qué fue ello?

—Bueno, se trata de las mismas personas que financiaban el desfile de modelos de la otra tarde. Los que demoraron la exhibición, ya sabe.

—Sí, ya sé. ¿Qué hay con ellos?

—Cuando estuvieron aquí, preparando la exhibición, pidieron datos de todas las modelos de The Fashion. Pero observé algo curioso, aunque no me sorprendió, dada su gran belleza. El mayor número de fotografías, incluso de primeros planos, de Nadia Toynbee, se los llevaron para estudiarlos, según dijeron, con vistas a un posible contrato cinematográfico con ella. Rogaron discreción, para que Nadia no supiera eso y se perdiera su posible naturalidad, e igualmente pidieron permiso para grabar su voz en los vestuarios, sin que ella lo supiera. Decían que todo era causa de la importancia que tiene para el cine la naturalidad y espontaneidad en una persona. Si está sobre aviso, decían, pierde totalmente su aire fresco y natural, para amanerarse por nerviosismo o tratando de impresionar mejor a sus observadores, con lo que todo se estropea.

—¿Se aceptó todo eso como bueno?

—Pues sí. El patrón es una persona que busca solamente beneficios, y esa empresa pagó bien el desfile de modelos. De modo que a todo dijo que sí, sin grandes rodeos.

—Me gustaría conocer el nombre de su entidad, cinematográfica, Alice.

—Espere que recuerde —ella frunció el ceño. Sus ojos verdes brillaron—. Sí, ya sé. Era la Continental Pictures. Dijeron que tiene sus oficinas en Broadway, pero no recuerdo el número...

—No importa —suspiró Lee, pensativo—. Continental Pictures, Broadway. Eso bastará.

—¿De veras le he sido útil en algo? —se ilusionó ella.

—Sí, muy útil —Willard le tendió su mano cordialmente—. Y

aún lo será más si no repite a nadie una sola palabra de cuanto aquí
hemos hablado hoy. ¿Prometido?

—Prometido —dijo ella, solemne.

CAPÍTULO VI

CONTINENTAL PICTURES HOLLYWOOD — NUEVA YORK”.

E

ra el rótulo sobre la puerta. Lee Willard miró a ambos lados. Llamó repetidas veces al zumbador de la puerta. Nadie acudió a abrir.

Insistió repetidas veces. Finalmente, una voz sonó a su espalda.

—Si busca a esos del cine, será mejor que desista o se vaya a Hollywood. Ya no están.

Giró la cabeza el joven federal. Contempló con interés a la mujer de la limpieza, con el cubo y la escoba. Luego, señaló a la puerta rotulada.

—Ahí dice que esta es la Continental —indicó.

—Lo era. Ya no hay nadie. Se largaron todos de la oficina. Lo sé muy bien, porque la he limpiado cuando se vació. De eso hace cosa de dos días. No creo que vuelvan, pero como dejaron pagado este mes de alquiler, se respeta su nombre.

—Una productora no cambia fácilmente de oficina y menos teniéndola tan céntrica.

—Creo que era una productora de escasa monta —señaló la mujer, encogiéndose de hombros—. Nunca vi ahí demasiadas cosas. Y las películas que anunciaban en las paredes, jamás las vi anunciadas en ninguna sala. Oh, pero eso sí. Hasta tenían ahí cosas de sus Estudios de rodaje en Nueva York... No sé qué diablos rodarían esa gente.

—¿Estudios? ¿Recuerda usted, dónde?

—Bueno, mi memoria no es muy buena... —brillaron sus ojos, cuando Lee Willard puso ante ella un billete de diez dólares. Lo tomó al vuelo, y añadió—. Aunque a veces, recuerdo bien las cosas... Estudios Continental. Eso decían los paquetes que a veces esperaban ahí dentro, bien embalados. Estudios Continental, Staten Island. Forest Avenue. Eso era.

—¿Seguro?

—Seguro, sí.

—Para no tener memoria, recuerda usted maravillosamente las cosas —rio Lee Willard, encaminándose con rápido paso hacia los

ascensores.

Y poco después, atravesaba rápidamente Manhattan, hacia Battery Park. Era el camino hacia Staten Island...

* * *

La mujer no se equivocó.

Continental Studios.

Era el gran rótulo ante el edificio y las vallas que circundaban el amplio jardín.

Todo viejo, todo en desuso. Tenía una prohibición en el acceso al interior, y unos horarios para las visitas debidamente autorizadas, con pase de la productora. Pero el lugar parecía abandonado, y quizás lo estaba.

Lee Willard salvó la cerca sin preocuparse en llamar a nadie. Caminó por el amplio jardín hacia el edificio de los Estudios, herméticamente cerrado. Era una amplia edificación de ladrillo y metal, con techo curvado, como un hangar. Puertas metálicas, herméticamente ajustadas, mostraban polvo abundante sobre su superficie, como si además de no utilizarse aquellos estudios, tampoco se limpiaran.

Solamente una pequeña puerta metálica, abierta en un gran portón, mostraba pulcritud, ausencia de polvo. La cerradura, al tacto de los dedos del federal aparecía engrasada.

Lee Willard miró a ambos lados. La puerta estaba herméticamente cerrada. Pero eso no sería obstáculo, a menos que estuviese atrancada por dentro. Y eso no era fácil.

Extrajo un manojo de llaves maestras. Había numerosas y variadas formas. Probó tres de ellas. Una resultó. La puerta dio un chasquido y se abrió. Del interior, llegó olor a local cerrado y húmedo.

Lee extrajo una pistola automática. Asomó. No se veía absolutamente nada en el interior de la edificación. De su bolsillo superior de la americana, obtuvo una lámpara de delgado pero intenso trazo luminoso. Se alumbró con ella.

El lugar parecía exactamente lo que decía ser: unos Estudios de cine. Decorados arrumbados a los lados, mobiliario, attrezzo amontonado, grandes naves para rodaje con andamiaje y focos, roulottes o vagones para camerino de artistas...

Vio un interruptor. Lo oprimió. Varias luces verticales, focos situados en lo alto, cayeron sobre los diversos sets olvidados. Lee Willard caminó calmosamente, hasta detenerse en un set donde aparecía montado un decorado de la antigua Roma, con

abundancia de yeso y cartón.

No lejos de allí, una roulotte o camerino de artistas. Se acercó a él. Leyó, sobre una estrella plateada, en su puerta:

“PRIMERA ACTRIZ”
(PROHIBIDA LA ENTRADA)

Sonrió. No había luces dentro. Ni actriz ninguna, con toda seguridad. Daba la impresión de una productora arruinada, que hubiera tenido que abandonar sus Estudios bruscamente.

Otra llave ganzúa le sirvió para entrar en el vagón. Dio la luz.

Era coquetón y agradable, como una pequeña vivienda confortable. Había tocador con profusión de luces, tarros de crema, de maquillajes...

Willard se detuvo en seco.

Sobre el tocador, una cabeza en plástico moldeable, pelucas, pinturas...

Y fotografías. Grandes fotografías de una mujer rubia, nórdica, familiar a Lee: La señora Toynbee en persona.

No solo eso. Unos hábiles dedos, habían moldeado en el plástico maleable de la cabeza las facciones exactas de la dama. Una peluca rubia, al lado, era la perfecta imitación del cabello natural y del peinado de la dama.

Lee Willard, del FBI, estuvo seguro en esos momentos de que había encontrado lo que andaba buscando.

Al mismo tiempo, estuvo seguro también de algo más inquietante. No estaba solo.

Fue únicamente una corazonada, pero se volvió en redondo, apretando con fuerza su pistola automática, de calibre .38.

No pudo utilizarla. No llegó a tiempo de hacer nada en su defensa.

La sombra en movimiento estaba tras él. Un objeto contundente cayó contra su cráneo. Rodó de bruces, con un gemido, sintiendo que todo el vagón se le venía encima. Las tinieblas bailaron ante él, confusamente.

* * *

Elmer Hess, del FBI, meneó la cabeza, irritado.

—Olaf, no lo hagas. No aceptes ese combate. Es una locura.

—Elmer, firmé la exclusiva con Salomón para el título mundial —protestó su amigo de origen nórdico—. No puedo volverme atrás ahora, o me demandaría por incumplimiento de contrato. Además, es mi gran oportunidad, tú lo sabes.

—Es posiblemente, tu gran oportunidad de seguir la suerte de

Joe “Tigre” Stark —replicó Hess, agresivo.

Olaf cambió una mirada con su prometida, Ingrid Stoker. Meneó la cabeza, negativamente.

—No, Elmer. No me asustes. Son casos diferentes.

Elmer se quedó mirándole.

Le consideraba un chico listo.

—Son casos bastante más parecidos de lo que tú supones. ¿Sabes cómo están las apuestas en la calle? Diez a dos a tu favor. ¿Entiendes lo que eso significa? mil por ti, solo te darán dos mil. Eso es lo que te quise decir.

—No te entiendo, Elmer...

—Hasta un tonto lo entendería, maldito cabezota —se irritó el federal—. A ellos no les conviene que gane un favorito. Pierden dinero. Te han buscado para una buena taquilla, pero también para que les des dinero a ganar. Si ven posibilidades, puede que ganes y luego te expriman como a un limón. Cuando estés seco, te tirarán a la basura. Es su sistema, y no serías el primero ni el último que corriera semejante suerte.

—Lo siento, Elmer. No puedo hacer ya nada. Firmé ese contrato. Pelearé contra “Dinamita”, y ganaré, tenlo por seguro. Mis puños son lo más fuerte.

—La Mafia es más fuerte que tus puños, Olaf. Eres compatriota y amigo mío. Tus padres fueron camaradas entrañables. Tengo el deber de velar por ti. Ingrid, ¿usted no puede hacer nada por persuadirle?

—Me temo que no —suspiró ella—. El boxeo es su vida. Y seguirá adelante, por encima de todo y de todos. No podemos evitarlo, ¿se da cuenta?

—Sí, maldita sea. Me doy cuenta —se enfureció Hess—. Olaf, te advertí. Voy a tratar de protegerte de todo riesgo, pero esto está podrido de arriba a abajo. Mucho me temo que hayas ido ya demasiado lejos, comprometiéndote con esa gentuza, y no esté en mi mano velar por tu seguridad.

Salíó, dando un portazo. Olaf se quedó mirando, pensativo, algo preocupado también, a la puerta que acababa de cerrarse. Luego, sus ojos se cruzaron con los de Ingrid, su prometida.

Ella, la rubia, exuberante rubia de origen nórdico, corrió a él, se acogió a su torso de fuerte, fibroso pugilista, y musitó, inquieta.

—Olaf, tengo miedo...

—Cariño, no debes temer nada —sonrió él lleno de seguridad.

—Hess es un buen amigo, y él sabe lo que habla...

—Yo también sé bien lo que hablo y lo que digo. Esta es mi gran oportunidad, y no la perderé por ningún motivo, de eso puedes estar bien segura, preciosa. No tienes nada que temer. Estamos

camino del éxito. Hess es un buen amigo, pero ve demasiadas cosas raras en todo.

—¿No acertará?

—No. Es un policía y como tal, desconfiado. No hay peligro en esto, tú lo verás. Se dramatiza mucho respecto al boxeo, pero no es tan malo como la gente dice. En él está nuestro futuro, Ingrid.

—Nuestro futuro... No quisiera que ese futuro se perdiera para siempre, Olaf.

—Descuida. No se perderá. Es nuestro. Solo nuestro...

Se miraron a los ojos. Sus bocas se acercaron, como mutuamente atraídas por un mismo y maravilloso impulso.

* * *

Cuando el golpe se desplomó contundente sobre el cráneo de Lee Willard, él supo que lo que siguiera podría ser mortal para él.

Había llegado lejos en sus averiguaciones, muy lejos. Quizás demasiado para la seguridad de alguien y el éxito del complot planeado y llevado a cabo por el Sindicato. Quizás por ello, instintivamente, al llegar el impacto, Lee se encogió, rehuyó ese choque de modo puramente intuitivo, y así, el objeto contundente, demoledor, le martilleó en el cráneo, pero algo de refilón.

Aun así, las tinieblas iniciaron una danza ante sus ojos, sintió su cabeza como rota en mil pedazos, y luchó, a la desesperada, por vencer el asomo de inconsciencia que el mazazo llevaba consigo.

Todo eso sucedió cuando ya tocaba el suelo, y mientras su cabeza parecía girar alocadamente en el centro de un torbellino vertiginoso, Lee Willard descubría que la persona agresora, de quien solamente le era posible ver, deformado por el violento ángulo visual a ras del suelo, los pesados zapatos y el pantalón oscuro, se disponía a rematarle, ahora con unos rápidos movimientos de sus manos, que al unirse a un leve chirrido metálico, revelaron a Lee lo que sucedería inmediatamente después: estaban enroscando un tubo silenciador al cañón de un arma automática.

El paso siguiente, consistiría en oprimir el gatillo sobre él, a quemarropa, dejándole allí sin vida, olvidado dentro de los Estudios cinematográficos en desuso.

Lee no se movió, como si realmente estuviera inconsciente, amodorrado a los pies de su agresor, en el suelo de la roulotte.

Sin embargo, un momento más tarde, cuando el brazo del desconocido comenzó a extenderse para hacer el disparo cerca de su cabeza, Lee disparó todos sus nervios, tendones y músculos en una desesperada acción que el otro no podía prever.

Rápido, encogió el brazo armado, apuntó a lo alto y disparó, sin

la menor contemplación. Se trataba de su propia vida o de la ajena. No cabían muchas dudas, en tal caso.

Sintió el estampido del arma de fuego, captó el choque sordo del proyectil contra algo vivo y sólido. Goteó sangre caliente junto a él. Hubo un sordo estertor y un corpachón se le vino encima. Lee rodó, alejándose del lugar donde caía su adversario, con el cráneo atravesado por un proyectil, desfigurado el rostro por el impacto mortal.

El agente federal se incorporó lentamente. Contempló el cadáver, sobre un charco de sangre. Afuera, en alguna parte cerca de los Estudios, roncaba el motor de un automóvil. Rápido, Lee corrió a través de los sets iluminados, hacia la puerta abierta exterior, sin soltar su arma humeante. No vio rastro de ninguna otra persona.

Pero allá afuera, cuando él asomó, restallaron dos ahogados taponazos, y Lee tuvo el tiempo justo de dejarse caer de rodillas. Maullaron las balas agriamente, al rebotar en el metal de la puerta, sobre su cabeza. Se perdieron luego en el descuidado jardín.

El automóvil agresor roncó, al ponerse velozmente en marcha. Se alejó. Lee saltó, poniéndose en pie, y disparó dos veces estérilmente. El coche se perdía tras unos espesos setos, sin duda tras haberle identificado, comprendiendo que el asesino había perdido la partida dentro de los Estudios Cinematográficos de Staten Island.

Lee Willard caminó resuelto hacia su propio coche. Subió a él. Aunque condujo con rapidez, ya no dio con los perseguidos. El tráfico era humeante, hacia Battery Park y la Costa. Cualquiera podía ser el coche oscuro de los *gangsters*.

Había tenido la muerte muy cerca. Pero valió la pena el riesgo. Ahora sabía que Steve Toynbee no mentía. Que fue un complot. Y que, ciertamente, su esposa Nadia fue dos veces a casa ese día. Solo que la segunda vez, no era Nadia...

CAPÍTULO VII

C

OMO ha dicho, Willard? ¿Qué no era Nadia?

—No, no lo era —negó rotundamente Lee, con gesto ceñudo—. No era Nadia Toynbee, sino una contrafigura. Un “doble”, en suma.

—Imposible... —jadeó el propio Toynbee, asustado—. Era mi esposa. La reconocí...

—Una mujer físicamente parecida, con una peluca de su color y peinado, hábilmente maquillada, vestida como ella, fingiendo ser ella, imitando la voz, perfectamente reproducida por un magnetófono y copiada por una buena actriz especialista en imitaciones... engaña a cualquiera, especialmente si es experta en el juego y la entrevista es rápida.

—Rápida... Sí, lo fue mucho. Me abrazó, me hizo cosquillas con sus uñas en la nuca, incluso creo que me llegó a arañar y todo—. Dijo bastante serio.

—Es cierto, sí —convino Lee Willard—. Tiene usted arañazos en la nuca. Van a ser analizados cuidadosamente. Estoy seguro de que mostrarán huellas de algún producto químico que, al contacto con la sangre, produzca un rápido efecto narcótico adormecedor. Eso fue lo que ella utilizó con usted para adormilarle. Luego, cuando expusiera su propia versión de los hechos, nadie iba a creerla, porque usted, Toynbee, afirmaríais algo que su auténtica esposa iba a ser la primera en negar. Tenga en cuenta que esa productora ficticia, fue la que precisamente contrató el desfile de modelos y aplazó el horario, para permitirle a Nadie ir a casa. Así, la confusión sería mayor cuando otra Nadia acudiera, desorientando a Toynbee y a nosotros.

—Pero todo eso, ¿por qué? —se exasperó e periodista.

—Todo eso, para hundirle, para desprestigiarle ante la opinión pública. Usted hace daño a alguien. Pues bien; ese alguien, procura poner en mal lugar su nombre, hundirle definitivamente. Y lo logra. O está a punto de lograrlo. De no ser porque yo seguí esa pista, intrigado por su absurda historia de las dos visitas de su mujer, negada por ella misma enérgicamente, usted hubiera sido condenado, sin lugar a dudas.

—Aún ahora, Lee, va a ser muy difícil rehabilitar a Toynbee totalmente. Mucha gente tendrá dudas, recelos...

—Lo sé, señor —dijo Willard a su jefe, Elmer Hess—. Pero eso es inevitable, y no podemos resolverlo nosotros. Ahora, hay que dar con los cabecillas de la organización y desarticular el grupo. Son responsables de muchas muertes violentas: Stark, Beverly, y ahora esa chica, la drogada del fumadero... Ellos la asesinaron, para involucrar en ello a Toynbee. Es otro crimen.

—Imputable también a la Mafia.

—La Mafia, señor, es demasiado amplia. Su nombre abarca mucho: Organización, células, grupos, sistemas. Sindicatos... No podemos enfrentarnos a todo de golpe. No es el medio. La Mafia está en todo lo que dé dinero. Y el boxeo da dinero. Mucho dinero. Se hace subir al *ring* a un boxeador. Triunfa, si interesa. Pierde, si es negocio que pierda. Si se niega al juego, es asesinado. Subir al *ring*, y morir. Es una forma de *racket* o negocio. Pues bien. Ahora, ataquemos justamente a ese negocio y olvidemos los demás. Si intentamos abarcarlo todo, se nos va de las manos. Es como una manada de pececillos que se escurren entre los dedos al pretender coger a todos. Vayamos por partes. Uno por uno. Y así, al final, mermará el grupo, y terminará por extinguirse.

—Muy bien, Willard —aprobo Toynbee—. Es una buena idea. Pero ¿cómo destruir a Salomón y a Savalas y los demás? Son ricos, fuertes, están respaldados...

—Yo diría que, siendo fuertes y poderosos, no son los más importantes. Creo que Savalas y Salomón son peces gordos, pero demasiado iguales, demasiado parecidos para que ambos sean autoridad suprema dentro del *racket* del boxeo.

—¿Qué da a entender con eso, Willard?

—Algo muy sencillo —suspiró él—. Hay alguien más. Otra persona por encima de todos ellos. Un hombre o una mujer, no sé. Una persona que gana dinero con el boxeo, que dirige el gran negocio de Nueva York. Esa persona controla a Salomón y a Savalas y maneja las riendas del gran negocio... ¿Entiende ahora?

—La teoría es interesante —admitió Hess—. Yo he pensado en ella muchas veces, pero no he acabado nunca de ver claro qué persona podría regir esa organización mafiosa en Nueva York.

—Cualquiera —suspiró Willard—. Recuerde que la Mafia es poderosa y gigantesca. Muchas personas insospechadas se albergan bajo su manto...

—Esperen un momento —terció el capitán Moran, de la Metropolitana—. El Comisionado Arthur Deeming, de la ciudad de Nueva York, es el Presidente de la Federación de Boxeo de este Estado, actualmente.

—Deeming... —Toynbee entornó los ojos, con el rostro tenso, tirante—. Ese cerdo... Es un político aprovechado. Un rufián con aire de caballero. Sospecho que él también se lucra con ese feo negocio del boxeo.

—Son varios los que lo sospechamos —suspiró Moran—. Pero no hay pruebas. Y el Comisionado Deeming es importante, tiene influencias... Hay que ir con cuidado con él. Uno de nuestros más prestigiosos oficiales de policía, Lester Hayward, es amigo suyo. Siempre estuve seguro de que ambos andan metidos en negocios feos. En mi Departamento, desgraciadamente hay muchos sobornados. Hayward debe ser uno de ellos. Pero, como dice Toynbee, tienen aire de caballeros. No se les puede tocar, o sería la ruina de uno.

—Cualquiera puede ser el jefe —suspiró Willard—. Escuche, Hess. Su amigo Olaf, el aspirante al título de semipesados, está ahora contratado por Salomón, ¿no es cierto?

—Sí. ¿A dónde va a parar?

—Yo también soy boxeador aficionado. Procure meterme en la misma velada que él, en un combate inicial o cosa así. De ese modo estaré cerca de Olaf y de los demás, podré advertir si hay alguna maniobra sospechosa...

—Será difícil —señaló Hess preocupado—. Piense que esos dos hombres, Salomón y Savalas, conocen todo o casi todo sobre el mundo del boxeo. Ellos nunca habrán oído hablar de un profesional llamado Willard. Y si adopta otro nombre indagarán, suponiendo que se traguen la píldora.

—Hágalo bien todo. Envíe historiales y referencias a todas las Federaciones de Estado boxísticas. Yo seré, pongamos por caso, un boxeador de gran porvenir en algún sitio lejano, como California u Oregón... Si piden referencias allí, busque personas prestigiosas que hablen de mí: periodistas, promotores, y cosas así. De ese modo, será posible engañarles siquiera sea por unas horas. Busque algún promotor amigo, una organización que lleve boxeadores que puedan presentarse en el Madison esta noche. En fin, creo que el FBI puede hacer eso con ciertos visos de verosimilitud.

—Pues sí, eso puede hacerse —convino Hess—. Pero el riesgo siempre será suyo, en cuanto alguien de la Mafia sospeche... Además, será conocido, puesto que incluso le siguieron hasta esos Estudios de Staten Island. Debieron vigilarle en la casa de modas de la señora Toynbee... Saben ahora quién es usted, Lee.

—Eso tiene fácil arreglo —sonrió Willard—. Caracterización.

—Sabe que no creo en ella. Son métodos novelescos, teatrales, sin ninguna eficacia en la vida real...

—Pregúntele a Toynbee. Incluso se creyó que otra mujer era su

esposa.

—Es diferente, Willard. Fueron unos momentos apenas, un instante de confusión...

—Mi labor tampoco va a ser prolongada. Pero la caracterización puede ser simple: pelo cortado al rape, teñido de otro color, nariz ensanchada con adminículos de goma, lentillas de contacto para cambiar el color de los ojos, otro modo de vestir, de hablar, de moverse... Otras piezas de goma que ensanchen y deformen las mandíbulas. Eso es una caracterización que no necesita maquillajes ni afeites. Y da resultado positivo, sin la menor duda.

—Conforme. Adelante. Hágalo. Moveré el tinglado, para que tenga un nombre, un historial, un buen promotor... Elegiremos un sitio distante y oscuro en el terreno pugilístico. Oregón o el Estado de Washington, pongamos por caso. Tengo allí amigos. Y una delegación federal de auténticos lincees... Ellos cuidarán de arreglar las cosas convincentemente. Lo demás, es cosa suya.

—Conforme. No diga nada a nadie. Ni a Olaf siquiera. Si corre algún peligro, ya le advertiré yo personalmente, dándome entonces a conocer. Espero que, de todos modos, esa noche en el Madison Square Garden haya vigilancia policial suficiente... y bien disimulada.

—La habrá —prometió Hess, rotundo—. Cuente con ella.

—Es suficiente —sonrió Lee—. Seguiré siendo el federal Willard hasta que un nuevo personaje surja en escena. Pongamos que ese personaje será... "Pacific" Thunderball.

—"Pacific" Thunderball... —repitió Toynbee. Luego meneó la cabeza afirmativamente y soltó una risotada—. No está nada mal. Tremendista y espectacular. Como todo lo que forma parte del mundillo mismo del boxeo... No, nada mal. Enhorabuena, flamante aspirante a campeón, "Pacific" Thunderball.

Lee Willard se limitó a sonreír. Y a pensar en lo que podría suceder en esa velada del Madison, sobre todo si las apuestas a favor de "Bomber" Olaf crecían como la espuma, y se hacía rentable apostar por "Dinamita" Kelly, aunque luego, en otra velada, y siempre siguiendo los vaivenes económicos del boxeo amañado, fuese al revés el juego, y al no favorito, a un Olaf vencido, y tal vez, triturado por un veterano como "Dinamita", por muy "sonado" que estuviese, en esta ocasión le sonriese una victoria tan poco legal y limpia como la temida derrota de esa noche de presentación en el Madison Square Garden.

* * *

Lee Willard encendió un cigarrillo. Paseó por la estancia,

saboreando el *whisky* con abundante soda que se sirviera poco antes, y que reposaba en la mesa de su gabinete.

Tenía ante sí una serie completa de imágenes, de bocetos creados por dibujantes especializados del FBI, laborando sobre su propio rostro como base, para darle una diferente fisonomía, muy pugilística, cara a la velada del Madison.

El resto de la poderosa máquina federal trabajaba ya a toda presión. Y cuando el FBI actuaba de ese modo, las cosas se ponían forzosamente bien. Ellos sabían cómo trabajar en esa clase de asuntos. Federaciones de Boxeo, periodistas, archivos e historiales, incluso falsos noticiarios filmados, darían la imagen de un campeón mediocre llamado “Pacific” Thunderball, capaz de hacer buen papel en el Madison. Si Salomón y Savalas no se mostraban interesados en el pugilista, el FBI haría que lo estuvieran, con diversas estrategias que condujesen a los organizadores a buscar la cooperación de ese casi ignorado pugilista, llegado de la Costa Oeste del país, y representado en Nueva York por un experto y hábil promotor, amigo de los federales. Ese hombre era Tim O’Reagan, un personaje popular en el mundo del boxeo. Tim haría el favor a Hess y al FBI, porque él debía otra clase de favores.

Claro está que habría problemas y riesgos en todo ello. Eran inevitables. Pero Hess procuraría cubrir de cualquier forma esos riesgos. No todos, claro. Lo demás, dependería en mucho de él, del propio Lee Willard, embarcado en la peligrosa aventura.

Eso lo sabía muy bien Lee. Y aceptaba el riesgo. No podía hacer otra cosa, una vez embarcado en el juego.

Dejó de fumar, bruscamente, cuando sonó el teléfono con insistencia. Lo contempló pensativo. Poca gente conocía su número privado. Fue al aparato. Descolgó.

—Willard —dijo, seco—. ¿Quién llama?

—Soy yo, Alice. Alice Dundee, de The Fashion.

—¡Alice! —Lee reconoció enseguida la voz femenina, al otro extremo del hilo. Le resultó agradable, incluso a distancia. Era una voz delicada, suave, culta. Respondía exactamente a la pelirroja, deliciosa imagen de la bonita y esbelta Alice, modelo de alta costura neoyorquina, igual que la esposa de Toynbee—. ¿Usted?

—Sí... —la joven debió sonreír al otro extremo del hilo—. Me dijo que le llamase a casa o al FBI, si había algo interesante que pudiera comunicarle... Y dada la hora, me pareció más lógico hacerlo a su casa...

—Acertó, desde luego —Lee se puso tenso—. Siga Alice. Su primera ayuda resultó inapreciable. Gracias a ella di con la pista que me permitió probar la inocencia de Toynbee, el periodista, en un complot siniestro y muy inteligente. ¿Qué ocurre ahora?

—Willard, estoy asustada...

—¿Asustada? —Lee se inquietó—. ¿Por qué?

—No sé. Noto que me vigilan, me siguen...

—Cielos —Willard apretó los labios. Su rostro reveló tensión, incertidumbre—. Siga, ¿desde dónde me llama?

—Estoy... estoy aquí, en la casa de modas. Ya no queda nadie. Estuve haciéndome las pruebas para una exhibición mañana. Se han ido todos. He salido de mi camerino y le llamo por el teléfono del taller de costura...

—¿Tan urgente es?

—Sí, mucho. Hoy... hoy he sabido algo.

—Continúe. ¿Qué ha sabido?

—El nombre de una persona que es accionista de este empresa. Y a la vez, de esa compañía Cinematográfica de que le hablé.

—La Continental...

—Sí, en efecto. Eso me hizo sospechar. Creo... creo que ocurre algo raro aquí. Los que dirigen el negocio no son sino personas de paja.

—Alice, ¿no sería mejor decirme eso desde otro lugar más seguro?

—Es que estoy preocupada, temo no tener ocasión de hablar con usted.

—Siga, siga entonces, pero abrevie. Y márchese enseguida —apremió Lee.

—Willard, por favor... Ese hombre es importante. Vi su nombre, reconocí su rostro por los periódicos.

—Entiendo. ¿Quién es? No ande con rodeos, vaya al grano.

—Es... es Arthur Deeming.

—¡Deeming! ¿El Comisionado por Nueva York?

—El mismo —afirmó, medrosa, la voz de ella—. El Comisionado... Rige la Federación de Boxeo en este Estado... Es el director general de la empresa, aunque aquí se le conoce solo por el nombre de míster Smiththers...

—Smiththers... Entiendo. Un seudónimo para Deeming. Escuche, criatura, eso que cuenta es dinamita. Si alguien supiera que usted puede revelar tal cosa, no dudaría en hacer cualquier cosa por evitarlo. Incluso... incluso matar.

—¡Matar!

—Sí. A usted, Alice.

—Dios mío... Por eso tenía miedo. Por eso... y porque sorprendí su llamada telefónica desde aquí...

—¿Llamada telefónica? ¿Qué llamada?

—La que hizo... la que hizo a otra persona. A alguien a quién llamó... el Delegado para el asunto del boxeo... No dijo más. Estaba

en el despacho y yo... yo había ido al taller de diseños, de la señorita Lamont, directora de modas de la casa.

—Sí, entiendo eso muy bien —resopló Lee—. Muy bien. ¿Qué habló en esa llamada?

—Solamente le oí mencionar el arreglo de un combate en el Madison... Ese Delegado, fuese quien fuese, a todo parecía asentir. Luego...

—¿Qué?

—Luego, pronunció el nombre de su interlocutor. El otro debió enfadarse. Y Deeming se excusó, humildemente, como si el otro mandara más que él...

—Pronunció el nombre... Alice, usted... usted tiene que haberlo oído.

—Sí.

—¿Por eso tiene miedo?

—Sí. Por eso tengo miedo. Creo... creo que es muy importante.

—Sí, Willard. Deeming llamó a su interlocutor por el nombre de... ¡Oh, no!

Inesperadamente, el teléfono emitió un seco chasquido, y se quedó mudo. Totalmente mudo. Impaciente, furioso, Lee apremió a voces:

—¡Alice! ¡Alice!

No había respuesta. Lee, rápido, fue a otro teléfono. Lo descolgó, pidió con una determinada sección de Teléfonos. Pidió con urgencia.

—Comunicaba con un número de The Fashion. Se cortó la comunicación. Averiguen qué sucedió e informen al FBI inmediatamente... a la mayor urgencia. Ellos me informarán a mí por radioteléfono. Avisen también a la policía para que vaya a ese punto. Cuelgo.

Terminó la llamada. Intentó establecer contacto por el otro teléfono. Nada. Seguía el silencio total, absoluto.

Lee Willard corrió hacia la calle. Subió a su coche. Puso en marcha la sirena de emergencia. Se abrió paso así a través del tráfico denso de Broadway. Por el camino, tomó el radioteléfono. Comunicó con el FBI.

—Aquí Willard —dijo—. ¿Qué sucede con ese número?

—La central telefónica informa. Lee. Línea cortada. Debieron arrancar el cable. Van coches-patrulla para allá.

Lee no respondió, no hizo comentario alguno. Esperaba algo así. Siguió avanzando por Manhattan vertiginosamente. Sus temores crecían por momentos. Estaba asustado. Realmente asustado.

Cuando alcanzó The Fashion en Lexington Avenue, había ya dos coches policiales y gente arremolinada. Entró, temiendo lo peor, en

el alto edificio, algunos de cuyos pisos ocupaba la famosa empresa de modas.

Una vez arriba, se encaró directamente con el capitán Moran, que se había ocupado de modo personal de la investigación. Ambos hombres se miraron, preocupados.

—La chica... —jadeó Lee—. No estará...

—¿Muerta? —Moran le miró pensativo—. No lo creo. No está. Ni viva ni muerta.

—¿Desapareció?

—Sí.

—¿Huellas de violencia?

—Un zapato caído junto al teléfono de línea cortada. Nada más.

—¿Rapto?

—Puede ser, sí. No hay más indicios. Cortaron el cable telefónico con unas tijeras muy poderosas. ¿De qué se trata, Willard? Usted siempre anda cerca de la presa, ¿no? Y siempre hay líos con sus asuntos.

—Capitán, ella me llamó a casa. Sabía algo. Acusó a Deeming.

—¿Acusó al Comisionado? —resopló Moran—. Lástima de chica. Desaparecida, no sirve como testigo. ¿Qué dijo?

—Deeming dirige este negocio en la sombra. Se hace llamar Smitthers. Es todo lo que me dijo. Eso, y que había otro jefe más fuerte que Deeming, incluso.

—Vaya, eso es interesante. ¿Dio nombres?

—Iba a darlos cuando cortaron. Se ve que la vigilaban. Ella estaba asustada. Tenía razón para ello, evidentemente.

—Buscaremos a la chica. Eso es tarea nuestra y de los federales. Usted puede hacer otras cosas, si lo prefiere. El continuar aquí, no facilitará las cosas. ¿Era algo especial para usted esa muchacha, Alice Dundee?

—Es muy bonita. Me cayó bien. Y ella confiaba en mí. Me llamó arriesgando su vida.

—Entiendo —resopló el policía—. La eterna historia...

—¿Cree que estoy enamorado de ella? —se irritó Lee.

—No lo creo —gruñó el capitán de la Metropolitana—. Estoy seguro de ello...

CAPÍTULO VIII

E

L espejo devolvió una extraña imagen de sí mismo.

Aquel pugilista de piel bronceada, pelo rapado, rojizo, ojos duros, negros, nariz achatada, deforme, mandíbulas grandes y desiguales, y boca crispada, difícilmente era comparable al rostro agradable, viril y correcto de Lee Willard.

Sin embargo, eran una misma persona.

Lee no necesitaba afeites ni maquillajes. Solo un tinte para la piel, otro para el cabello, lentes de contacto, formas de goma para moldear facciones brutales y ásperas, y poca cosa más.

Eso, y trajes enguatados, conjuntos estridentes y de mal gusto. Mascaba chicle sin cesar, tenía una voz bronca y decía cosas soeces con frecuencia. Unas gafas de sol, con vidrios color caramelo, terminaban el disfraz. Era convincente. Era persuasivo. Para todos, aquel patán era “Pacific” Thunderball, un peso medio de línea mediocre y fama reducida, pero capaz enseguida de tener “gancho” Para el público.

—Es un “bocazas” —fue el primer comentario hostil de Savalas—. No iré muy lejos este tipo, seguro. Pero allá él, si quiere jugarse el tipo en un Madison. Viene en buenas condiciones, y su historial es aceptable.

—¿Le viste boxear alguna vez?

—Infiernos, nunca estuve en Oregón, ni ganas. Tampoco en el estado de Washington. Hace demasiado frío. Este tipo tiene allá su prestigio. Y O'Reagan le garantiza. Son buenas las condiciones. Es un pegador y encaja bien. No está mal para un combate de complemento que no brille demasiado.

—Si tú lo dices...

Y aunque personalmente Savalas no parecía entusiasmado en el tipo, accedió a ponerle en los programas del Madison, cuando el combate de fondo era el de “Bomber” Olaf, contra “Dinamita” Kelly.

Así, Lee Willard se encontró con su participación asegurada en la famosa velada que se preparaba en el Madison Square Garden. Lee Willard, en suma, bajo su nueva y sorprendente personalidad de un inexistente boxeador de la costa del Pacífico, iba a debutar

profesionalmente en la primera arena de Nueva York, cuando estaría en disputa un título: el de los pesos semipesados del mundo...

Un título a disputar bajo la sombra ominosa que ensuciaba el ámbito del boxeo local e incluso nacional: la Mafia...

* * *

El público rugía en torno al cuadrilátero.

Era solamente un combate de complemento, y uno de los iniciales de la velada. Incluso faltaba el del nuevo pugilista "Pacific" Thunderball, que había logrado despertar cierta curiosidad y vivo interés en los aficionados.

Sobre el *ring*, bajo las crudas luces del Madison, dos pugilistas de músculos brillantes, grasientos, con fuerte olor a embrocación, disputaban una pelea sin interés. Pero la gente, electrizada por el ambiente de las grandes pugnas sobre la lona, lo seguía expectante, con viva impaciencia por lo que preveía ya cercano: La llegada de la velada de fondo, del combate máximo del programa: "Bomber" Olaf, el joven aspirante, contra "Dinamita" Kelly, el campeón actual...

Las apuestas subían como la espuma. Todas a favor de Olaf, el joven oriundo de Escandinavia. Si él ganaba, poco sería lo que se pagase a los apostadores. Quien fuese a la contra, en favor de "Dinamita", podía enriquecerse. Pero todos sabían que, forzosamente, el negro campeón perdería su cetro esa noche, ante "Bomber" Olaf.

Todos lo sabían. Incluso "Bomber" Olaf en persona, parecía seguro de ello.

En su vestuario, se hacía fotografías junto a su novia, la rubia y exuberante Ingrid Stocker, a la vez que los cámaras de televisión captaban también posturas del futuro campeón. Olaf, muy seguro de sí, aunque con tono sencillo y correcto, manifestaba ante los micrófonos de las emisoras.

—Estoy convencido caballeros. Ganaré a "Dinamita", si todo se presenta normalmente. En el boxeo siempre hay imponderables, pero confío en que hoy no existan, y pueda ofrecer a mi prometida, como regalo de bodas, un título mundial indiscutible.

Los fotógrafos disparaban el flash sin cesar para inmortalizar en sus publicaciones la efigie del futuro campeón. Todos ellos parecían tan convencidos de esa victoria, como el propio Olaf lo estaba.

"Bomber" se volvió a su amigo Hess, presente en el feliz grupo de camaradas e incondicionales de esa noche en el Madison. Estrechó calurosamente la mano del policía.

—Ganaré —dijo—. Ganaré, Elmer, seguro. Estoy convencido de que es mi gran noche...

—Cuidado —avisó prudentemente Hess—. Es malo confiar demasiado, muchacho.

—Yo tengo fe —suspiró él—. Tengo una gran fe. Sé que ganaré, por encima de todo. Lo sé... y lo espero.

—Yo también lo sé, porque confío en ti ciegamente. Pero no se trata de confianza ni de seguridad en las propias fuerzas. Me asusta lo que rodea a tu pelea, Olaf. ¿Sabes a qué nivel van las apuestas?

—No —sonrió el boxeador—. ¿Confían mucho en mí, Elmer?

—Incluso demasiado. Han subido veinte a uno. Es decir, con cien mil dólares contra ti, si ganase “Dinamita” un tipo se embolsaría dos millones. ¿Entiendes? Dos millones. Es mucho dinero. Excesivo dinero...

—No ganará “Dinamita”. Ganaré yo. Y la gente cobrará poco dinero. Lo siento por todos ellos.

—Olaf, la Mafia anda por medio.

—¿La Mafia? —rio Olaf—. Dramatiza demasiado Elmer.

—Ojalá fuera así. Depende de lo que ellos elijan. Si ven madera para ganar en el futuro, seguirán adelante Salomón y los suyos. Si no... te hundirán. Tienen mil medios para hacerlo.

—Tonterías. Todo el mundo dice que a “Tigre” Stark le ordenaron dejarse vencer. A mí nadie me dijo nada. Al contrario; Salomón me ha animado a luchar hasta el fin. Dice que ganaré.

—Ojalá sea así. Luego habrá tiempo de intervenir en favor tuyo, muchacho. Lo que hace falta es que la mala pasada no te la jueguen hoy... —Hess giró la cabeza. Vio entrar al pelirrojo, rudo, malencarado “Pacific” Thunderball. Preguntó, como receloso—. Eh, Olaf, ese tipo, ¿qué hace en tu vestuario?

—Va a salir ahora —sonrió el escandinavo—. Es un buen chico. Le daré algunos consejos previos. Me parece poco experimentado en el campo profesional, pese a su aire terrible, Elmer. Ahora, salid todos. Ya se acerca el momento. Quiero estar solo...

Sonrió significativo hacia Hess, que salió, junto con reporteros y curiosos, Ingrid besó al aspirante. Luego, también salió. Se quedó solo Olaf. Solo con Thunderball.

Ambos hombres se miraron. Olaf estudió con simpatía al boxeador de aspecto fiero.

—Ven —invitó—. Te vi entrenar antes. No me gustaron algunas cosas. Son defectos de un aficionado. ¿Seguro que combatiste mucho en el Pacífico?

—Bueno, no mucho —convino Thunderball, como avergonzado—. Pero uno ha de hacerse la publicidad, el ambiente...

—Claro, muchacho —rio Olaf, de buena gana. Le palmeó las

sólidas espaldas musculosas... —Ven aquí y hazme caso, amigo. Yo te aconsejaré. Esto del boxeo profesional es como una jungla... y hay que saber moverse en ella con ciertas garantías... Vamos, te enseñaré algo que nadie te mostró aún, con toda seguridad...

Empezaron a hacer guantes entre ambos. Thunderball, aparentemente, era un boxeador tímido y cohibido, que admitía el aprendizaje dócilmente, como un perrillo agradecido. En cuanto a Olaf, le preparaba concienzudamente, para mostrarle trucos y recursos de los profesionales avezados.

—Veo que vas entendiendo —dijo el escandinavo, risueño—. Así, así, muchacho.

Estaban cruzando sus guantes, en un simple esbozo de combate, cuando sucedió.

La puerta del *camerín* del aspirante se abrió. Apareció en ella un hombre de movimientos rápidos y furtivos.

Lo que siguió, fue todo sumamente rápido. Vertiginoso casi. Y decisivo.

Tan decisivo, que una vida humana estuvo en juego durante unos veloces instantes de incertidumbre y de violencia.

* * *

La puerta del *camerín* del aspirante se abrió de forma imprevista. Podía ser O'Reagan su preparador, o cualquier otro: Salomón, Savalas, cualquiera de los promotores o personas muy unidas al mundillo del boxeo.

Pero no lo fue.

El que aparecía era un desconocido. Un perfecto desconocido. Y lo más sorprendente y alarmante en él, es que empuñaba, en una de sus enguantadas manos, un arma de fuego provista de silenciador, con la que encañonó rápidamente a ambos hombres. Pero sus ojos estaban fijos en "Bomber" Olaf, el joven aspirante de origen escandinavo.

—Apártese —dijo fríamente a Lee—. ¡Vamos, póngase a un lado y no haga tonterías!

Cerró tras de sí, quedándose dentro de la cámara donde reinaba un fuerte olor a embrocación, a linimentos y aceites propios para dar elasticidad a los músculos de un pugilista en los tensos momentos previos al combate. Lee Willard se apartó despacio, con la mirada alerta tras sus lentes de contacto que cambiaban su color de ojos, en la caracterización del supuesto "Pacific" Thunderball.

—Así está bien —silabeó el peligroso desconocido—. Ahora usted, Olaf, acérquese. Vamos, venga acá, enseguida.

Lee Willard temía lo peor. En ese momento podía terminar la

vida del aspirante, y se diría que un fanático o un asesino lo había eliminado. O acaso le aplicase algo a la fuerza, un producto capaz de abatirle luego, en el *ring*.

Quizás por ello, Lee no vaciló un momento.

Mientras Olaf era encañonado y el desconocido, nada temía de él, actuó con presteza, con una rapidez de ideas y de acciones que forzosamente tenía que desconcertar y sorprender al enemigo.

Lee Willard, bajo su caracterización de rudo y torpe boxeador, se limitó a situarse junto al *punching ball* donde Olaf practicaba para entrar en calor antes del combate. Luego, de súbito, movió la esfera de cuero, tras sujetarla disimuladamente. Tiró hacia sí, sin bajar los brazos de su postura, y la soltó.

El *punching ball* golpeó en el rostro, violentamente, disparado por sus muelles, al hombre del arma. Rápido, antes de que pudiera reaccionar del impacto, cuando mascullaba algo y se agitaba bajo al mazazo, Lee cayó sobre él, sujetando su brazo armado, que elevó al techo. Le descargó dos secos mazazos al hígado y otro al mentón. El hombre armado rodó, inconsciente, perdiendo sus dedos el arma silenciada.

—Uf, lo logramos —jadeó Lee—. Olaf, ha salido usted de esta, pero no se confíe...

—¿Qué significa...? —comenzó aturdido el joven escandinavo.

—Significa que no le van a dejar vencer fácilmente en la pelea de esta noche —se expresó vivamente Lee, quitando el arma al caído, a quién cacheo rápidamente encontrándole otra pequeña automática, aunque ninguna documentación encima—. Tenga mucho cuidado. No se confíe.

—¿Intentaron matarme acaso?

—No sé si matarle, secuestrarle o administrarle algo a la fuerza... —Lee meditó, tras hallar en un bolsillo del caído una aguja hipodérmica a punto, y dentro de la jeringuilla un líquido rosado. Guardó todo consigo. Tal vez le hubiera llevado a alguna parte mientras le encañonaba, le hubiese aplicado el inyectable, huyendo después. Aparentemente, usted no hubiera tenido nada, y hubiese creído que todo iba bien. Luego, en el *ring*, las cosas hubieran sido distintas...

—¿Ese inyectable? ¿Qué cree que contiene?

—No lo sé. Algún producto narcótico tal vez. Lo haré analizar, Olaf. No pruebe nada, no beba ni un sorbo de agua ni un terrón de azúcar, ni deje que se acerque nadie a usted. Está en peligro esta noche.

—“Thunderball” habla usted extrañamente, para ser un colega, un boxeador como yo... —se sorprendió Olaf, mirándole perplejo.

—No soy lo que parezco —masculló entre dientes Lee—. Es un

disfraz, Olaf, ¿no lo entiende?

—¿Policía? —brillaron los ojos del joven pugilista.

—FBI, sí.

—Entiendo —suspiró el joven con una sonrisa—. Cosa de Elmer...

—Sí, Elmer Hess lo aconsejó. Su amigo Hess no se fía, y hace bien. Ya hemos comprobado que es mala cosa fiarse. Muy mala... Olaf, tenga cuidado con todo. Hay peligro en torno suyo.

—Pero... ¿por qué, por qué?

—El boxeo es un negocio, cuando se cruzan apuestas demasiado altas y hay un favorito por medio, no lo olvide. Una noche, “Tigre” Stark era el favorito. Hoy le toca a usted. Eso es peligroso. Por eso le pedí que no se confiara. Cuando tenga que subir al *ring*, procure usted...

En ese momento, se percibió una llamada en los pasillos del gimnasio. Llegó hasta ellos ruido de aplausos, gritos y vítores. Lee sonrió.

—Me llaman —dijo—. Ahora me toca a mí. Acuértese. Esté alerta, Olaf. Yo volveré enseguida. No pienso durar mucho en pie. Lo que interesa es estar cerca de usted, vigilarle, impedir que suceda nada irreparable...

—De todos modos... suerte —sonrió Olaf.

—Gracias —agitó Lee su mano, y salió del vestuario. Ya llegaban O'Reagan Savallas estudió a ambos con recelo. Finalmente, avisó a Reagan—: Llamen a la policía. Ahí encontrarán un tipo inconsciente. Quiso atacar a Olaf. Cuide mucho de su pupilo. Cualquier cosa puede suceder ahora.

Y con una mirada pensativa a Savallas que parecía preocupado, Lee Willard se encaminó a su vestuario, para dirigirse luego al *ring* donde combatía bajo supuesta identidad.

* * *

Ciertamente, no duró mucho.

Se dejó noquear al cuarto asalto por el rápido negrito que le tocó en suerte. Él no contaba allí, ni su combate tenía significación alguna. Se dejó conducir a los vestuarios, mientras otros boxeadores, antes del combate estelar, iban a dirimir una pelea a diez asaltos.

Lee Willard llegó a su *camerín* con su preparador, otro agente federal que antes fuera *manager* de boxeador. Se interesó enseguida por medio de O'Reagan, a quién vio en el corredor.

—¿Todo bien con Olaf?

—Sin novedad —afirmó el preparador, intrigado—. El agresor

fue entregado ya a las autoridades. ¿Por qué se preocupa tanto por mi pupilo, Thunderball?

—Simple interés de un colega —rio Willard—. Y de un buen amigo... Siga cuidándole lo mejor que pueda, créame.

Entraron en el *camerín*. Lee iba a vestirse rápidamente, para situarse cerca del *ring* en el combate de fondo, y no perder detalle de la pelea, para proteger a Olaf, por si algo sucedía.

No pudo hacer mucho más. Apenas entraron en el desierto *camerín*, la oleada de gas se precipitó sobre ellos. Borrosamente, vio dos rostros enmascarados con caretas antigás, y unos tubos dirigidos hacia ellos por los dos intrusos ocultos en el *camerín*. El vapor narcótico les envolvió. Se abatieron ambos, sin tiempo suficiente para contener el aliento.

—Ya está —dijo uno de los enmascarados bajo su careta—. Cayeron los federales...

Lee se agitó en tierra, en la cámara llena de gas. Luego, se quedó inmóvil.

CAPÍTULO IX

S

E encuentra bien?

Abrió los ojos. Le palpitaban furiosamente las sienes, sentía una extraña modorra y una profunda sensación de decaimiento. Pestañeó y volvió a abrir sus ojos sorprendidos.

La imagen continuó allí, ante él. La pregunta se repitió, dulcemente.

—¿Se encuentra bien, Willard?

Lee sacudió la cabeza. Se incorporó, quejándose amargamente de intenso dolor de sienes. Vio, al fondo, a su compañero, el presunto *manager* de boxeadores del Pacífico. También se agitaba, torpemente, en un lento despertar.

Estudió a la persona que le hiciera la pregunta repetida. No era una alucinación ni una fantasía. Era ella, en carne y hueso. Era Alice Dundee, la muchacha desaparecida en la casa de modas.

—Alice... —se tocó ambas sienes, temiendo que le estallaran de repente. Sentado en el lugar donde yacía hasta entonces, contempló a la joven, perplejo. Ella le ayudaba friccionando con manos suaves su nuca y cuello. Lee indagó—. ¿Qué sucedió exactamente?

—Les trajeron aquí y les dejaron caer. A usted le quitaron las lentillas de contacto le tiñeron el cabello y le arrancaron gomas de su nariz y mandíbulas. Entonces pude reconocerle.

—Sin duda. Entonces me reconocieron ellos también.

—Parecían saber ya quién era. Dijeron que eran dos federales — Alice meditó con gesto grave—. Lee estoy asustada...

—Lo creo. ¿Dónde estamos ahora exactamente, lo sabe usted?

—Una finca, en las afueras. No sé dónde, porque me llevaron en coche cerrado. Pero al entrar olí a campiña.

—Alice, algo horrible puede suceder ahora en el Madison Square Garden. Y nosotros estamos aquí, impotentes, en poder de esta gentuza.

—Me temo que nada pueda hacer por impedirlo, Lee. Ellos tienen esto herméticamente cerrado. Me fue imposible escapar, pese a que lo intenté todo. La puerta es metálica, no hay ventanas ni otras aberturas. Es una auténtica prisión.

Willard pronto comprobó todo eso. Paseó por la estancia, como un tigre enjaulado. De repente, se detuvo ante ella. La miró fijamente.

—Alice, la secuestraron cuando iba a decirnos algo... —murmuró—. ¿Qué era ello?

—Se lo diré, Lee —habló ella lentamente—. Cortaron los cables telefónicos en aquel momento, y luego me atacaron unos hombres armados, trayéndome aquí. Pero creo que eso ya poco debe importar. Cuando me han dejado con vida y me permiten hablar esto con usted... es porque piensan asesinarlos a todos posteriormente.

—Si realmente usted sabe quién dirige todo esto, me temo que sí sea nuestra suerte inmediata, Alice —meditó Willard, sombrío—. Pero al menos, quiero morir sabiendo la verdad. Dijo usted que el Comisionado Deeming está metido en este asunto.

—Sí. También un policía sobornado, el capitán Hayward. Deeming dirige la empresa de The Fashion, bajo el nombre de mister Smitthers. El creyó que no había nadie en la sección cuando habló con el Delegado de Boxeo de la Mafia de Nueva York... Mencionó su nombre, lo oí muy bien en varias ocasiones. No hay dudas. Se trata de alguien muy conocido.

—Pero... ¿quién es Alice?

—Es Olaf. “Bomber” Olaf —dijo ella escuetamente.

* * *

“Bomber” Olaf, el aspirante al título de los pesos semipesados, perdió el combate en el séptimo asalto.

Se desplomó en la lona, vencido por un seco e inesperado golpe del negrito “Dinamita” Kelly, su enemigo. El escándalo era formidable cuando lo retiraban a su camerino, vencido y sin conocimiento. Su derrota había costado a muchos apostadores una fortuna. Pero otros, los menos, los que pusieron su dinero por “Dinamita” eran ricos ahora. Cada dólar suyo, se había convertido en veinticinco o treinta. Era una gran inversión.

Se cerró la puerta del *camerín* tras de Olaf. Este se rehízo en la mesa de masajes. O'Reagan le empezó a suavizar los músculos con linimento. Frente a él, Savalas, Salomón, y un hombre impecable y elegante, el comisionado Deeming, de la Federación de Boxeo del Estado de Nueva York, esperaban. La puerta estaba cerrada aún a los informadores. Alrededor de ellos, solamente los armarios de metal donde se guardaban los útiles de boxeo y todo lo demás. Crudas luces suspendidas sobre sus cabezas.

—Bien, se perdió el combate —suspiró Savalas.

—“Bomber” Olaf no será campeón esta vez —añadió Solomon apaciblemente.

—Alguien va a lamentarlo mucho —sonrió Olaf—. Mi buen amigo del FBI, que tanto me estima.

—Lástima... —se lamentó, irónico, O'Reagan—. Perder el título.

—Y ganar un millón de dólares limpios en las apuestas —Olaf soltó una carcajada—. Ha sido un buen negocio, amigos.

—Un negocio que nadie conocerá nunca —sonrió Deeming—. Le felicito, Olaf. Lo hizo muy bien. Esta vez, ni siquiera parece que hubiera “tongo”.

—Claro que no —Olaf cambió de gesto. El joven pugilista de origen nórdico era ahora un frío y duro hombre de negocios. De turbios negocios —todo se hizo como debía hacerse, una vez quitado de la escena ese condenado federal que me puso Hess al lado. Lee Willard, ya no podrá ayudar a nadie más. No tengo nada contra él, pero es de los que persiguen constantemente la verdad y llega a hacerse molesto... No sabía quién sería, hasta que hice fingir el ataque de mi persona. Estaba seguro de que entonces se descubriría... y así fue. ¿Está a buen recaudo ahora?

—Con la chica —explicó Deeming—. ¿Qué se hace con todos ellos, Olaf?

—No hay mucho por hacer —sonrió duramente el boxeador—. Es preciso deshacerse de todos ellos. Saben demasiado. La chica incluso le oyó a usted citar mi nombre, Deeming.

—Fue un imperdonable error, Olaf. De haber pensado que ella me oía...

—Tenga cuidado con esos errores en lo sucesivo. El Sindicato no los tolera. Estoy trabajando fuerte por el Sindicato, e incluso por vosotros, así que no estropeemos ese buen truco. Mi eficacia, de ese modo, se mantiene inalterable. Ahora, caballeros, terminemos. Den paso a la Prensa. Diré que sentí algo... raro. O'Reagan, la tableta. Cuando me examinen los médicos de la Federación notarán algo raro. Harán análisis, y se probará que me drogaron. Eso bastará. Anatemas contra la Mafia... pero la Mafia y nosotros enriqueciéndonos rápidamente que es lo que cuenta. Adiós, caballeros.

Deeming fue a abrir la puerta. Cuando lo hizo, un alud de periodistas, policías y médicos y funcionarios federativos, entraron en el *camerín*. Todos parecían ávidos por saber qué misterios se ocultaban tras la inexplicable derrota del joven Olaf, en su combate estelar de aquella velada.

Savalas, Deeming y Solomon se encaminaron a la salida. Elmer Hess estaba allí, con media docena de federales, cerrándoles el paso. Les contemplaron, sorprendidos.

—¿Ocorre algo, Hess? —se interesó Deeming, interrogante.

—Sí, ocurre —afirmó Elmer fríamente—. Están arrestados. Los tres.

—¿Cómo? —aulló Savalas—. ¿Usted sabe lo que está diciendo?

—Lo sé muy bien —sonrió el inspector del FBI—. Les repito que están arrestados. Orden federal. También ha sido arrestado el capitán Hayward, de mi Departamento.

—Sabrá lo que hace, ¿no? —habló heladamente Arthur Deeming—. Soy Comisionado por la ciudad de Nueva York, miembro directivo de la Federación de Boxeo y...

—Y miembro directivo de la Mafia, Sección de Boxeo —completó con sarcasmo Hess. Y unas esposas se cerraron sordamente en torno a sus muñecas—. Lo siento, amigo Deeming. Al final cayó usted... y su pandilla. Llévenselos.

Los federales se llevaron a los tres atónitos detenidos, protestones. Hess entró en el *camerín*, donde un silencio de estupefacción acogía las palabras del inspector federal. Este se detuvo ante la mesa de masajes donde reposaba Olaf, quien había levantado la cabeza, mirando con asombro a su amigo.

—Elmer, ¿sabe usted lo que acaba de hacer? —indagó Olaf, aturdido.

—Sí, muchacho —sonrió el federal paternalmente—. Esa gentuza está toda mezclada en la Mafia. Son *gangsters* del boxeo. Basura. Y he empezado la limpieza.

—Pero... necesitará pruebas. Un hombre como Deeming...

—No temas. Hay pruebas suficientes, Olaf, muchacho —Hess le calmó, palmeando suavemente sus músculos—. Como habrá pruebas de que el combate de hoy fue arreglado también, y tu derrota provocada.

—¿Es cierto eso? Noté cierto aturdimiento, como si fuese a perder el conocimiento durante el combate, pero...

—Todo, absolutamente todo se pondrá en claro, muchacho, no sufras... —rio Hess entre dientes—. De momento, este gimnasio está conectado con una sala de control de radio para escuchar cuanto aquí se hable. Ha habido docenas de testigos de la conversación habida aquí, que se captó por medio de cintas magnetofónicas...

—¿Cómo? —Olaf palideció de súbito—. ¿Qué quiere decir con eso, Elmer?

—Justamente lo que oíste muchacho —rio Hess con dureza—. Conexiones de radio, micrófonos y todo eso. La Mafia es muy lista, pero no sospechó este contragolpe...

Fue a los armarios metálicos, de mayor altura que un cuerpo humano. Abrió dos de ellos. Olaf, lívido, lanzó una sorda imprecación de estupor, de incredulidad.

—¡No es posible! —jadeó.

Dentro del armario, tres rostros sonreían, triunfales. Eran los de Lee Willard, Alice Dundee y el federal que actuara como *manager* del falso “Thunderball...

Con ellos había micrófonos, antenas y grabadoras magnéticas. Lee sonrió duramente a Olaf.

—Lo lamento, muchacho —dijo—. El exceso de confianza es mal asunto... incluso para la Mafia.

Antes de que Olaf pudiera replicar o decir algo, el inspector federal Elmer Hess había cerrado unas esposas en torno a sus fuertes muñecas de joven boxeador.

FINAL

L

A cara de asombro de Olaf fue la mar de expresiva.

—Lee —sonrió Alice, pensativa—. Seguro que creía ver visiones en ese momento...

—Seguro —afirmó Willard, risueño, probando un sorbo de Martini—. Él no podía imaginarse una cosa así después de todo... Nos habían dejado en poder de sus esbirros, camino de la casa de las afueras, condenados a morir inexorablemente... y reaparecimos allí, en el propio Madison... y con una serie de instalaciones de radio y grabación que habían permitido llegar sus voces reveladoras hasta la sala de control y escucha, como la más clara prueba, justamente la que les perderá en su juicio por corrupción y homicidio.

—Elmer Hess habrá sufrido mucho, ¿verdad?

—Sí, mucho —Lee frunció el ceño—. Es un buen hombre, después de todo... Oriundo del Norte de Europa, vio en Olaf, muchacho de sangre escandinava, una especie de protegido, de joven inexperto a quién debía proteger para que caminase la jungla del boxeo sin sufrir daño. No pudo imaginar nunca que Olaf era... precisamente el amo del cotarro en Nueva York. Hess no podía esperarlo. Ninguno lo sospechamos, quizás porque nunca se nos ocurrió pensar que cualquiera, no importa su edad, origen o profesión, puede ser de la Mafia. Basta que tenga pocos escrúpulos, cerebro inteligente y sangre fría. Olaf poseía todo eso...

—Pero no esperaba que pudiéramos escapar...

—Nadie esperaba eso, Alice. Ni nosotros siquiera. Recuerde nuestro desaliento en la casa de las afueras... hasta aparecer Hess y los demás, que habían montado un especial servicio de vigilancia en torno al Madison y, pese a todos los cuidados de la Mafia, nos vieron sacar inconscientes, en unos embalajes y una furgoneta. Sospechando la verdad, siguieron a los vehículos, localizaron la casa... y procedieron a liberarnos. El FBI nos salvó la vida a todos... y dio el golpe de gracia a los corruptores del boxeo. Claro que siempre surgirán otros. Pero eso es inevitable. La lucha nunca cesa. Siempre continúa. Con el crimen, nunca puede suceder otra cosa,

Alice. Pero ahora, demos gracias que todo haya acabado, por el momento. Y que toda esa gentuza esté en camino de la prisión... o de la silla eléctrica.

—Sí, demos gracias, Willard —suspiró la joven modelo.

—Toynbee vuelve a sus agresivas crónicas, usted trabaja en otra empresa de modelo. Nadia se ocupa solamente de su esposo... y yo espero otro asunto. Eso es todo lo que sucede. Eso, y que vamos a cenar lo mejor posible, con buen champaña francés, para celebrar esta victoria final.

—Sí, Willard. Le agradezco mucho su invitación de hoy...

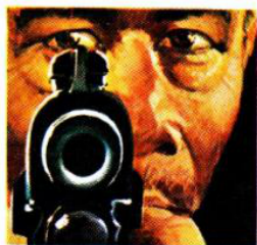
—Vamos, vamos, Alice —tomó su mano, sobre la mesa—. Espero que esto no sea sino una noche más, la primera de una serie de ellas en las que ambos salgamos juntos, cenemos y bailemos... como el principio de una buena amistad. La amistad de dos personas que estuvieron a punto de morir juntas.

—Y que ahora quieren vivir intensamente la vida —rio ella.

—Eso es. Juntas también a ser posible —añadió Lee Willard, sin quitar los ojos de ella.

F I N

FBI
Selecciones



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA



EDITORIAL ROLLAN, S.A.

PINTO (Madrid)

10
Ptas.